

Director: Guillermo Umaña Díaz. Pb



*Próxima Visita Apostólica
de S.S. Juan Pablo II a Colombia*



1. Bogotá (1-2-3 de julio)
2. Chiquinquirá (3 de julio)
3. Cali (3 y 4 de julio)
4. Tumaco (4 de julio)
5. Popayán (4 de julio)
6. Puerto Salgar (5 de julio)
7. Armero (5 de julio)
8. Medellín (5 y 6 de julio)
9. B/manga (6 de julio)
10. Cartagena (6 de julio)
11. B/quilla (6 de julio)
12. A Roma (7 de julio)

CONTENIDO

ACTOS DEL ROMANO PONTIFICADO

El Santo Padre comienza su viaje apostólico a Colombia	1
Salida por las vicinas del aeropuerto de Bogotá	2
Carga a bordo los miembros de la Iglesia en el vuelo del Puerto Rico	3
Carta del Papa "Queridos amigos colombianos"	4
Visita al Papa en el aeropuerto	5
Comentarios: Arquidiócesis "Español del Papa" - Bogotá	6
El Papa en Bogotá	7
El Papa en el aeropuerto	8
El Papa en el aeropuerto	9
El Papa en el aeropuerto	10
El Papa en el aeropuerto	11
El Papa en el aeropuerto	12
El Papa en el aeropuerto	13
El Papa en el aeropuerto	14
El Papa en el aeropuerto	15
El Papa en el aeropuerto	16
El Papa en el aeropuerto	17
El Papa en el aeropuerto	18
El Papa en el aeropuerto	19
El Papa en el aeropuerto	20
El Papa en el aeropuerto	21
El Papa en el aeropuerto	22
El Papa en el aeropuerto	23
El Papa en el aeropuerto	24
El Papa en el aeropuerto	25
El Papa en el aeropuerto	26
El Papa en el aeropuerto	27
El Papa en el aeropuerto	28
El Papa en el aeropuerto	29
El Papa en el aeropuerto	30
El Papa en el aeropuerto	31
El Papa en el aeropuerto	32
El Papa en el aeropuerto	33
El Papa en el aeropuerto	34
El Papa en el aeropuerto	35
El Papa en el aeropuerto	36
El Papa en el aeropuerto	37
El Papa en el aeropuerto	38
El Papa en el aeropuerto	39
El Papa en el aeropuerto	40
El Papa en el aeropuerto	41
El Papa en el aeropuerto	42
El Papa en el aeropuerto	43
El Papa en el aeropuerto	44
El Papa en el aeropuerto	45
El Papa en el aeropuerto	46
El Papa en el aeropuerto	47
El Papa en el aeropuerto	48
El Papa en el aeropuerto	49
El Papa en el aeropuerto	50
El Papa en el aeropuerto	51
El Papa en el aeropuerto	52
El Papa en el aeropuerto	53
El Papa en el aeropuerto	54
El Papa en el aeropuerto	55
El Papa en el aeropuerto	56
El Papa en el aeropuerto	57
El Papa en el aeropuerto	58
El Papa en el aeropuerto	59
El Papa en el aeropuerto	60
El Papa en el aeropuerto	61
El Papa en el aeropuerto	62
El Papa en el aeropuerto	63
El Papa en el aeropuerto	64
El Papa en el aeropuerto	65
El Papa en el aeropuerto	66
El Papa en el aeropuerto	67
El Papa en el aeropuerto	68
El Papa en el aeropuerto	69
El Papa en el aeropuerto	70
El Papa en el aeropuerto	71
El Papa en el aeropuerto	72
El Papa en el aeropuerto	73
El Papa en el aeropuerto	74
El Papa en el aeropuerto	75
El Papa en el aeropuerto	76
El Papa en el aeropuerto	77
El Papa en el aeropuerto	78
El Papa en el aeropuerto	79
El Papa en el aeropuerto	80
El Papa en el aeropuerto	81
El Papa en el aeropuerto	82
El Papa en el aeropuerto	83
El Papa en el aeropuerto	84
El Papa en el aeropuerto	85
El Papa en el aeropuerto	86
El Papa en el aeropuerto	87
El Papa en el aeropuerto	88
El Papa en el aeropuerto	89
El Papa en el aeropuerto	90
El Papa en el aeropuerto	91
El Papa en el aeropuerto	92
El Papa en el aeropuerto	93
El Papa en el aeropuerto	94
El Papa en el aeropuerto	95
El Papa en el aeropuerto	96
El Papa en el aeropuerto	97
El Papa en el aeropuerto	98
El Papa en el aeropuerto	99
El Papa en el aeropuerto	100

LA IGLESIA

ORGANO OFICIAL DE LA ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ
FUNDADO EN 1905

Tarifa Postal Reducida No. 379 de la Administración Postal Nacional

Año LXXX - Enero - Julio 1986 - Números 1.138 - 1.143
"Tarifa para libros y revistas No. 459 de Adpostal Nacional"

CONTENIDO

ACTOS DEL ROMANO PONTIFICE

El Santo Padre anuncia su viaje apostólico a Colombia	7
Dolor por las víctimas del desprendimiento de tierra en Colombia.	8
Carta a todos los sacerdotes de la Iglesia con ocasión del Jueves Santo 1986	8
Carta Encíclica "Dominum et vivificantem": El Espíritu Santo en la vida de la Iglesia y del mundo	19
Constitución Apostólica "Spirituali Militum Curae": Asistencia Espiritual a los Militares	73
El Misterio de la Creación. Catequesis	78
Creo en Dios. . . Creador del cielo y de la tierra. Catequesis	80
La Creación es obra de la Trinidad. Catequesis	82
La Creación es Revelación de la Gloria de Dios. Catequesis	84
La Creación y la legítima autonomía de las cosas creadas. Catequesis.	86
El hombre creado a Imagen de Dios. Catequesis.	88
El hombre, Imagen de Dios, es un ser espiritual y corporal. Catequesis.	91
El hombre Imagen de Dios, es sujeto de conocimiento y de libertad. Catequesis	93
La Divina Providencia. Catequesis.	96
La Divina Providencia: Sabiduría trascendente que ama. Catequesis.	99
La Divina Providencia y la libertad del hombre. Catequesis	102
La Providencia Divina y el destino del hombre: El misterio de la predestinación en Cristo. Catequesis	105
La Divina Providencia y la presencia del mal y del sufrimiento en el mundo. Catequesis	108
La Divina Providencia supera el mal en Jesús Redentor. Catequesis	111
La Divina Providencia y la condición histórica del hombre de hoy a la luz del Concilio Vaticano II. Catequesis	113
La Divina Providencia y el crecimiento del Reino de Dios. Catequesis	116
El paso definitivo del Antiguo al Nuevo Testamento: Compromisos y responsabilidades de los cristianos. Homilía	119
El Misterio Pascual de Jesucristo. Homilía	121
La muerte, sepultura y resurrección de Cristo. Homilía.	125
Pentecostés 1986. Homilía	127
La Eucaristía. Sacramento del cual vive la Iglesia. Homilía.	131

Cruz, clemencia y alegría. Homilía	133
Pedro, liberado de todo temor mediante el amor. Homilía	137
La Doctrina Tomista sobre el alma en relación con los problemas y con los valores de nuestro tiempo. Discurso	140
Criterios y orientaciones de la Iglesia para construir la paz en el mundo. Discurso	144
La inculturación del Evangelio y la Evangelización de las culturas. Discurso	154
Identidad y misión de los Hermanos en los Institutos laicales y en los institutos clericales. Discurso	157
Amor preferencial a Cristo y servicio generoso a la Iglesia. Discurso	160
Función y responsabilidad de hombres de la pluma en el mundo contemporáneo. Discurso	162
Un servicio de justicia, de verdad y de caridad. Discurso	165
Algunas directrices para la aplicación del Concilio en las Iglesias particulares. Discurso	169
Comprender cada vez mejor el designio salvífico de Dios sobre el hombre. Discurso	173
La familia y sus derechos en la comunidad civil y religiosa. Discurso	177
El camino de la Iglesia en nuestro tiempo. Discurso	180
El "Ser" y "Hacer" de los sacerdotes dedicados a la asistencia religiosa y espiritual de los Militares. Discurso	189
Actitud de la Ciencia Médica ante la verdad de la persona. Discurso	192
El conocimiento de los Misterios Divinos no es tanto una conquista del genio humano cuanto un don que Dios hace a los humildes y a los creyentes. Alocución	195
Mensaje para la Jornada Mundial por las Vocaciones.	199
Mensaje para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales.	203
Llamamiento a la caridad. Mensaje para la Cuaresma	206
Jesús Resucitado: El triunfo definitivo de la vida sobre la muerte en la perspectiva de la paz y de la libertad cristiana. Mensaje "Urbi et orbi".	207
IV Centenario del nacimiento de Santa Rosa de Lima. Mensaje.	209
Mensaje a Colombia en vísperas de su visita pastoral.	212
Viaje apostólico a India	213

ACTOS DE LA CURIA ROMANA

Congregación para la Doctrina de la Fe	
Comunicado sobre el libro "Documentos publicados desde la conclusión del concilio ecuménico Vaticano II (1966-1985)"	215
Instrucción sobre libertad cristiana y liberación.	218
Secretariado para la unión de los cristianos	
Sectas o nuevos movimientos religiosos: Desafíos pastorales	261
Sagrada Congregación para los Obispos	
Presentación de la Constitución Apostólica sobre los Ordinariatos Militares	279

SINODO DE LOS OBISPOS

Reunión del Consejo de la Secretaría General	282
--	-----

CONFERENCIAS EPISCOPALES

Colombia	
Normas de legislación.	284
Mensaje pastoral con ocasión de la Visita Apostólica	293
Las Comunidades Eclesiales de Base. Declaración.	296
Matrimonio civil y divorcio. Declaración	298
Nicaragua	
La Eucaristía, fuente de Unidad y Reconciliación. Carta	300
Argentina	
El viaje apostólico de Juan Pablo II.	306

ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ

Actos del Excelentísimo Señor Arzobispo	
La próxima visita del Santo Padre.	309
Presentación de los nuevos Obispos Auxiliares.	310
Renovación de la Consagración de la República al Sagrado Corazón	
Homilía.	311
Carta de la Sagrada Congregación para los Obispos.	314
Los nuevos Obispos Auxiliares.	316

DECRETOS

Decreto No. 085	Nombramientos para el Tribunal Regional de Bogotá	318
Decreto No. 089	Creación de la parroquia de San Sebastián	320
Decreto No. 090	Creación de la parroquia de Nuestra Señora de Montserrat	321
Decreto No. 091	Creación de la Parroquia de San León Magno	322
Decreto No. 092	Creación de la parroquia del Señor de la Columna	324
Decreto No. 093	Creación de la parroquia de los Santos Reyes	325
Decreto No. 094	Creación de la parroquia de Cristo Resucitado.	327
Decreto No. 095	Creación de la parroquia de Maximiliano Kolbe.	328
Decreto No. 096	Creación de la parroquia de Santa María del Prado.	329
Decreto No. 097	Constitución del Arciprestazgo No. 31 y reordenación de los Arciprestazgos 18 y 19.	330
Decreto No. 099	Nombramiento de Arciprestes	330
Decreto No. 101	Delegación especial a un miembro del Consejo de Asuntos Económicos	332
Decreto No. 103	Nómbrese Rector del Seminario Mayor	332
Decreto No. 105	Apruébanse los Estatutos del "Encuentro de Novios de Bogotá".	332
Decreto No. 107	Visita canónica al Monasterio de la Inmaculada Concepción.	333
Decreto No. 108	Vicarios Episcopales territoriales y causas de partidas.	334
Decreto No. 109	Autenticación de firmas	336

Decreto No. 111	Nombramientos de Secretarios - Notarios y de Notario Auxiliar para las causas de partidas	336
Listado de Nombramientos		337

LA VISITA DEL PAPA

Instalados Comités Diocesanos	342
Comisión del Vaticano en Bogotá	345
Delegados de Radio Vaticana en Colombia	346
Encuentros del Santo Padre en Bogotá	346
Mensaje del Vicario de Religiosos de Bogotá	350

CRONICA

Florencia nueva Diócesis; San Vicente-Puerto Leguízamo, Vicariato Apostólico	352
Nuevo Obispo Auxiliar de Sonsón-Rionegro	353
Nuevo Obispo de Socorro y San Gil	354
Nuevo Obispo de Facatativá	354
Nuevo Obispo Auxiliar de Medellín	355
Nuevo Obispo de Ipiales	355
Reaparece "Cathedra"	356

OBITUARIO

Señor Arzobispo Emilio de Brigard Ortiz	357
Monseñor Alfonso Robledo Mejía	358
Padre Vicente Andrade Valderrama	359
Pbro. Néstor Díaz Ballesteros	360

ACTOS DEL ROMANO PONTIFICE

EL SANTO PADRE ANUNCIA SU VIAJE APOSTOLICO A COLOMBIA

El domingo 2 de marzo, Juan Pablo II, después de leer su "meditación" rezó —como de costumbre— la plegaria mariana del "Angelus", y luego pronunció unas breves palabras anunciando su próximo viaje a Colombia. Reproducimos a continuación las palabras del Papa:

Entre los Episcopados que recibí el año pasado para la visita "ad Limina Apostolorum" están los de Uruguay y Colombia. Quiero recordarlos hoy como signo de reconocimiento por su visita, dirigiéndoles un saludo cordial, que hago extensivo con afecto a todos los fieles que les están confiados.

Deseo que pueda llevarse adelante el esfuerzo de evangelización y consolidación de la vida cristiana en esas queridas naciones.

En espera de poder visitar en un futuro no lejano otros países latinoamericanos, tendré la alegría de hacer una visita a Colombia el próximo mes de julio. Desde ahora doy a todos los habitantes de esa amada nación mi ferviente saludo, exhortándoles a una pacífica convivencia y a la promoción del bien común.

DOLOR DE JUAN PABLO II POR LAS VÍCTIMAS DEL DESPRENDIMIENTO DE TIERRA EN COLOMBIA

El Santo Padre, después del rezo del Angelus el domingo 22 de junio, en vísperas ya de su viaje apostólico a Colombia, se unió a los colombianos con estas palabras:

Saludo ahora con afecto a los peregrinos de lengua española, de modo particular a los procedentes de Colombia: párroco y feligreses de la parroquia "Santa Francisca Romana" de Bogotá, que están celebrando el vigésimo quinto aniversario de su fundación. Os exhorto a ser constante fermento cristiano entre vuestros hermanos colombianos, que, Dios mediante, visitaré a principios del próximo mes de julio.

He recibido con profunda pena la noticia del desprendimiento de tierra en la zona de Putumayo, que ha arrollado los autobuses que se dirigían desde la localidad de Pasto a Mocoa, en el departamento de Nariño, causando numerosas víctimas y heridos.

Comparto el dolor de las familias afectadas, mientras ofrezco sufragios al Altísimo por el eterno descanso de las almas de los fallecidos y expreso mi vivo augurio de un pronto restablecimiento de los heridos.

En esta dolorosa circunstancia imparto de corazón una confortadora bendición apostólica.

CARTA A TODOS LOS SACERDOTES DE LA IGLESIA CON OCASION DEL JUEVES SANTO 1986

Queridos hermanos sacerdotes:

EL JUEVES SANTO FIESTA DE LOS SACERDOTES

1. HENOS AQUÍ de nuevo en la proximidad del Jueves Santo, día en que Jesús instituyó la Eucaristía y al mismo tiempo nuestro sacerdocio ministerial. Cristo, "habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin" (1). Como Buen Pastor, dio su vida por sus ovejas (2), para

salvar a los hombres, reconciliarlos con su Padre e introducirlos en una nueva vida. A los Apóstoles ofreció como alimento su Cuerpo, entregado por ellos, y su Sangre, derramada por ellos.

Cada año, éste es un día grande para todos los cristianos. Como los primeros discípulos, vienen a recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo en la liturgia vespertina que renueva la Cena. Reciben del Salvador el testamento del amor fraterno que deberá inspirar toda su vida, y empiezan a

velar con Él, para unirse a su pasión. Vosotros los reuniréis y guiaréis en su plegaria.

Pero este día es especialmente grande para nosotros, queridos hermanos sacerdotes. Es el día en que nació nuestro sacerdocio, el cual es participación del único Sacerdocio de Cristo Mediador. En este día los sacerdotes del mundo entero son invitados a concelebrar la Eucaristía con sus obispos y a renovar a su alrededor las promesas de sus compromisos sacerdotales al servicio de Cristo y de su Iglesia.

Bien sabéis cuán cercano me siento a cada uno de vosotros en esta ocasión. Y como cada año, en señal de nuestra unión sacramental en el mismo sacerdocio, movido por la afectuosa estima que os tengo y por mi deber de confirmar a todos mis hermanos en su servicio al Señor, os envío esta Carta para ayudarlos a reavivar el don inefable que os ha sido conferido por la imposición de las manos (3). Este sacerdocio ministerial, que es nuestra heredad, es también nuestra vocación y nuestra gracia. Marca toda nuestra vida con el sello de un servicio sumamente necesario y exigente, como es la salvación de las almas. A ello nos sentimos arrastrados por el ejemplo de tantos sacerdotes que nos han precedido.

EL EJEMPLO SIN IGUAL DEL CURA DE ARS

2. Uno de estos sacerdotes está muy presente en la memoria de la Iglesia, y será especialmente conmemorado este año en el segundo centenario de su nacimiento: *San Juan María Vianney, Cura de Ars*.

Deseamos dar gracias a Cristo, Príncipe de los Pastores, por ese mo-

delo extraordinario de vida y de servicio sacerdotal, que el Santo Cura de Ars ofrece a toda la Iglesia y, ante todo, a nosotros los sacerdotes.

¡Cuántos de nosotros se han preparado al sacerdocio, o ejercen hoy su difícil labor de cura de almas, teniendo a la vista la figura de San Juan María Vianney! Su ejemplo no debería caer en el olvido. Hoy más que nunca tenemos necesidad de su testimonio y de su intercesión, para afrontar las situaciones de nuestro tiempo en que, a pesar de algunos signos esperanzadores, la evangelización está dificultada por una creciente secularización, de forma que se descuida la ascesis sobrenatural, se pierde muchas veces de vista las perspectivas del reino de Dios, y a menudo, incluso en la pastoral, se dedica una atención demasiado exclusiva al aspecto social y a los objetivos temporales. El Cura de Ars debió afrontar en el siglo pasado dificultades que posiblemente tenían otro cariz, pero que no eran menos grandes. Por su vida y por su actividad, él representó la sociedad de su tiempo, como un gran reto evangélico que ha dado sorprendentes frutos de conversión. No dudamos de que él nos ofrece todavía hoy ese *gran reto evangélico*.

Os invito pues a meditar ahora sobre nuestro sacerdocio ante este Pastor sin igual, que ha ilustrado a la vez el cumplimiento pleno del ministerio sacerdotal y la santidad del ministro.

Ya sabéis que Juan María Bautista Vianney murió en Ars el 4 de agosto de 1859, después de unos cuarenta años de entrega abnegada. Tenía setenta y tres años. A su llegada, Ars era un pueblecito olvidado de la archidiócesis de Lión, actualmente de Be-

NOTAS

- 1) Jn 13, 1.
- 2) Cf. Jn 10, 11.
- 3) Cf. 2 Tim 1, 6

lley. Al final de su vida, acudía allí gente de toda Francia, y su fama de santidad, después de su muerte, pronto llamó la atención de la Iglesia universal. San Pío X lo beatificó en 1905, Pío XI lo canonizó en 1925; luego en 1929, lo declaró patrono de los sacerdotes de todo el mundo. Durante el centenario de su muerte, Juan XXIII escribió la Encíclica *Sacerdotii nostri primordia*, presentando en ella al Cura de Ars como modelo de vida y ascesis sacerdotal, modelo de piedad y de culto a la Eucaristía, modelo de celo pastoral para nuestro tiempo. Hoy desearía llamar vuestra atención sobre algunos aspectos esenciales a fin de que nos ayuden a redescubrir y a vivir mejor nuestro sacerdocio.

VIDA EXTRAORDINARIA DEL CURA DE ARS

SU VOLUNTAD TENAZ DE PREPARARSE AL SACERDOCIO

3. El Cura de Ars es en primer lugar un modelo de voluntad para los que se preparan al sacerdocio. Muchas pruebas que encontraría posteriormente habrían podido descorazonarlo: los efectos de la revolución, la falta de instrucción en el ambiente rural, la reticencia de su padre, la necesidad de hacer su parte en los trabajos agrícolas, los azares de la vida militar, y, sobre todo, a pesar de su inteligencia intuitiva y su viva sensibilidad, su gran dificultad en aprender y memorizar, y por tanto a seguir los cursos de teología en latín; finalmente, por esta razón, fue apartado temporalmente del seminario de Lión.

Sin embargo, habiendo comprobado la autenticidad de su vocación, a los 29 años pudo ser ordenado sacer-

dote. Por su tenacidad en el trabajo y en la oración, triunfó sobre todos los obstáculos y limitaciones, como más tarde en su vida sacerdotal lo lograría en el preparar laboriosamente sus sermones y continuar por la noche la lectura de obras teológicas y de autores espirituales. Ya desde su juventud le movía un gran deseo de "ganar almas para Dios" haciéndose sacerdote, y estaba apoyado por el vecino párroco de Eculley el cual, no dudando de su vocación, tomó a su cargo una buena parte de su preparación. ¡Qué ejemplo de valentía para aquellos que, actualmente, reciben la gracia de ser llamados al sacerdocio!

PROFUNDIDAD DE SU AMOR A CRISTO Y A LAS ALMAS

4. El Cura de Ars es un modelo de celo sacerdotal para todos los Pastores. El secreto de su generosidad se encuentra sin duda alguna en su amor a Dios, vivido sin límites, en respuesta constante al amor manifestado en Cristo crucificado. En ello funda su deseo de hacer todas las cosas para salvar las almas rescatadas por Cristo a tan gran precio y encaminarlas hacia el amor de Dios. Recordemos una de aquellas frases lapidarias cuyo secreto bien conocía: "El sacerdocio es el amor del Corazón de Jesús" (4). En sus sermones y catequesis se refería siempre a este amor: "Oh Dios mío, prefiero morir amándoos que vivir un solo instante sin amaros... Os amo, mi divino Salvador, porque habéis sido crucificado por mí... porque me tenéis crucificado para Vos" (5).

Por Cristo, trata de conformarse fielmente a las exigencias radicales que Jesús propone en el Evangelio a los discípulos que envía en mi-

sión: oración, pobreza, humildad, renuncia a sí mismo y penitencia voluntaria. Y, como Cristo, siente por sus fieles un amor que le lleva a una entrega pastoral sin límites y al sacrificio de sí mismo. Raramente un Pastor ha sido hasta este punto consciente de sus responsabilidades, devorado por el deseo de arrancar a sus fieles del pecado o de la tibieza. "Oh Dios mío, concédeme la conversión de mi parroquia: acepto sufrir todo lo que queráis, toda mi vida".

Amados hermanos sacerdotes, iluminados por el Concilio Vaticano II que felizmente ha situado la consagración del sacerdote en el marco de su misión pastoral, busquemos el dinamismo de nuestro celo pastoral, con San Juan María Vianney, en el Corazón de Jesús, en su amor por las almas. Si no acudimos a la misma fuente, nuestro ministerio correrá el riesgo de dar muy pocos frutos.

FRUTOS SORPRENDENTES Y ABUNDANTES DE SU MINISTERIO

5. Precisamente en el caso del Cura de Ars los frutos han sido sorprendentes, un poco como con Jesús en el Evangelio. A Juan María Vianney, que consagra a Jesús todas sus fuerzas y todo su corazón, el Salvador, en cierto modo, le entrega las almas. Y se las confía en abundancia.

Su parroquia —que solamente tenía 230 personas a su llegada— será cambiada profundamente. Es bien sabido que en aquel pueblo había mucha indiferencia y muy poca práctica religiosa entre los hombres. El obispo había advertido a Juan María Vianney: "No hay mucho amor a Dios en esta parroquia, tú lo pondrás". Pero muy pronto, incluso fuera de su pueblo, el cura se convierte en el Pastor de una multitud que llega de toda la región, de diversas partes de

Francia y de otros países. Se habla de 80.000 personas en el año 1858. Tienen que esperar a veces muchos días para poder verlo y confesarse. Lo que atrae, no es ciertamente la curiosidad ni la misma reputación justificada por unos milagros y curaciones extraordinarias, que el Santo trataba de ocultar. Es más bien el presentimiento de encontrar un Santo, sorprendente por su penitencia, tan familiar con Dios en la oración, sobresaliente por su paz y su humildad en medio de los éxitos populares, y sobre todo tan intuitivo para corresponder a las disposiciones interiores de las almas y librarlas de su carga, particularmente en el confesionario. Sí, Dios escogió como modelo de Pastores a aquel que habría podido parecer pobre, débil, sin defensa y menospreciable a los ojos de los hombres (6). Dios lo gratificó con sus mejores dones como guía y médico de almas.

Reconociendo también la gracia particular en el Cura de Ars, ¿no hay en ello un signo de esperanza para los Pastores que sufren hoy un cierto desierto espiritual?

ACTOS MAS IMPORTANTES EN EL MINISTERIO DEL CURA DE ARS

ACTIVIDADES APOSTOLICAS DIVERSAS ORIENTADAS HACIA LO ESENCIAL

6. Juan María Vianney se consagró esencialmente a la enseñanza de la fe y a la purificación de las conciencias;

4) Cf. Jean-Marie Vianney, *curé d'Ars, sa pensée, son coeur*, presentado por Bernard Nodel, ed. Xavier Mappus, Le Puy, 1985, pág. 100: de ahora en adelante citamos: Nodel.

5) Nodel, pág. 44.

6) Cf. 1 Cor 1, 27-29.

estos dos ministerios convergían hacia la Eucaristía. ¿No habrá que ver en ello, también hoy, los tres polos del servicio pastoral del sacerdote?

Si bien el objetivo es ciertamente agrupar al Pueblo de Dios en torno al misterio eucarístico con la catequesis y la penitencia, son también necesarias otras actividades apostólicas, según las circunstancias: a veces, durante años, hay una simple presencia, con un testimonio silencioso de la fe en ambientes no cristianos; o bien una cercanía a las personas, a las familias y sus preocupaciones; tiene lugar un primer anuncio que trata de despertar a la fe a los incrédulos y a los tibios; se da un testimonio de caridad y de justicia compartida con los seglares cristianos, que hace más creíble la fe y la pone en práctica. De ahí toda una serie de trabajos o de obras apostólicas que preparan y fomentan la formación cristiana. El Cura de Ars se las ingeniaba en tomar iniciativas adecuadas a su tiempo y a sus feligreses. Sin embargo, todas sus actividades sacerdotales estaban centradas en la Eucaristía, la catequesis y el sacramento de la reconciliación.

EL SACRAMENTO DE LA RECONCILIACION

7. Es sin duda alguna su incansable entrega al sacramento de la penitencia lo que ha puesto de manifiesto el carisma principal del Cura de Ars y le ha dado justamente su fama. Es bueno que ese ejemplo nos impulse hoy a restituir al ministerio de la reconciliación toda la importancia que le corresponde, y que el Sínodo de los Obispos de 1983 ha puesto justamente en evidencia (7). Sin el paso de conversión, de penitencia y de petición de perdón que los mi-

nistros de la Iglesia deben alentar y acoger incansablemente, la tan deseada puesta al día sería superficial e ilusoria.

El Cura de Ars trataba de formar a los fieles en el deseo del arrepentimiento. Subrayaba la bondad del perdón de Dios. Toda su vida sacerdotal y sus fuerzas, ¿no estaban consagradas a la conversión de los pecadores? Ahora bien, es en el confesionario donde se manifiesta sobre todo la misericordia de Dios. Estaba totalmente disponible a los penitentes que venían de todas partes y a los que dedicaba a menudo diez horas al día, y a veces quince o más. Esta era sin duda para él la mayor de sus ascesis, un verdadero "martirio"; físicamente, por el calor, el frío o la atmósfera sofocante; también sufría moralmente por los pecados de que se acusaban y más aún por la falta de arrepentimiento: "Lloro por todo lo que vosotros no lloráis". Además de los indiferentes, a quienes acogía de la mejor manera posible tratando de despertarlos al amor de Dios, el Señor le concedía reconciliar a grandes pecadores arrepentidos, y también guiar hacia la perfección a las almas que lo deseaban. Era sobre todo en esto en lo que Dios le pedía su participación en la redención.

Nosotros en efecto, hemos descubierto, más que en el siglo pasado, el aspecto comunitario de la penitencia, de la preparación al perdón y de la acción de gracias después del perdón. Pero el perdón sacramental exigirá siempre un encuentro personal con Cristo crucificado por mediación de su ministro (8). Frecuentemente, por

7) Cf. Juan Pablo II, Exhortación Apostólica post-sinodal, *Reconciliatio et poenitentia*, 2 de diciembre de 1984: AAS 77, 1985, págs. 185-275.

8) Cf. Juan Pablo II, Carta Encíclica *Redemptor hominis*, 4 de marzo de 1979, n. 20: AAS 71, 1979, págs. 313-316.

desgracia, los penitentes no se presentan con fervor al confesionario como en los tiempos del Cura de Ars. Ahora bien, donde haya muchas personas que por diversas razones parecen abstenerse totalmente de la confesión, se hace urgente una pastoral del sacramento de la reconciliación, que ayude a los cristianos a redescubrir las exigencias de una verdadera relación con Dios, el sentido del pecado que nos cierra a Dios y a los hermanos, la necesidad de convertirse y de recibir, en la Iglesia, el perdón como un don gratuito del Señor, y también las condiciones que ayuden a celebrar mejor el sacramento, superando así los prejuicios, los falsos temores y la rutina (9). Una situación de este tipo requiere al mismo tiempo que estamos muy disponibles para este ministerio del perdón, dispuestos a dedicarle el tiempo y la atención necesarios, y, diría también, a darle la prioridad sobre otras actividades. De esta manera, los mismos fieles serán la recompensa al esfuerzo que, como el Cura de Ars, les dedicamos.

Ciertamente, como escribía en la Exhortación post-sinodal sobre la penitencia (10), el ministerio de la reconciliación es sin duda el más difícil y el más delicado, el más agotador y el más exigente, sobre todo cuando los sacerdotes son pocos. Supone también, en el confesor, grandes cualidades humanas, principalmente una vida espiritual intensa y sincera; es necesario que el mismo sacerdote se acerque también regularmente a este sacramento.

Estad siempre seguros, queridos hermanos sacerdotes, de que el ministerio de la misericordia es uno de los más hermosos y consoladores. Os permitirá iluminar las conciencias, perdonarlas y vivificarlas en nombre del Señor Jesús, siendo para ellos médico y consejero espiritual; es "la

insustituible manifestación y verificación del sacerdocio ministerial" (11).

LA EUCARISTIA: OFRECIMIENTO DE LA MISA, COMUNION Y ADORACION

8. El sacramento de la reconciliación y el de la Eucaristía están estrechamente unidos. Sin una conversión constantemente renovada, junto con la acogida de la gracia sacramental del perdón, la participación en la Eucaristía no logrará su plena eficacia redentora (12). Al igual que Cristo, que comenzó su ministerio con la exhortación "arrepentíos y creed en el Evangelio" (13), el Cura de Ars comenzaba generalmente su actividad diaria con el sacramento del perdón. Mas él gozaba conduciendo a la Eucaristía a sus penitentes ya reconciliados.

La Eucaristía ocupaba ciertamente el centro de su vida espiritual y de su labor pastoral. Acostumbraba a decir: "Todos los buenas obras juntas no pueden compararse con el sacrificio de la Misa, pues son obras de hombres, mientras que la Santa Misa es obra de Dios" (14). En ella se hace presente el sacrificio del Calvario para la redención del mundo. Evidentemente, el sacerdote debe unir al ofrecimiento de la Misa la donación cotidiana de sí mismo. "Por lo tanto, es bueno que el sacer-

9) Cf. Juan Pablo II, Exhortación Apostólica post-sinodal *Reconciliatio et poenitentia*, 2 de diciembre de 1984: AAS 77, 1985, págs. 250-252.

10) Cf. *ib.*, n. 29: AAS 77, 1985, págs. 252-256.

11) Juan Pablo II, Carta a los sacerdotes para el Jueves Santo 1983, n. 3: AAS 75, 1983, parte I, pág. 419.

12) Cf. Juan Pablo II, Carta Encíclica *Redemptor hominis*, 4 de marzo de 1979, n. 20: AAS 71, 1979, págs. 309-313.

13) Mc 1, 15.

14) Nodet, pág. 108.

dote se ofrezca a Dios en sacrificio todas las mañanas" (15). "La comunión y el santo sacrificio de la Misa son los dos actos más eficaces para conseguir la transformación de los corazones" (16).

De este modo, la Misa era para Juan María Vianney la grande alegría y aliento en su vida de sacerdote. A pesar de la afluencia de penitentes, se preparaba con toda diligencia y en silencio durante más de un cuarto de hora. Celebraba con recogimiento, dejando entrever su actitud de adoración en los momentos de la consagración y de la comunión. Con gran realismo hacía notar: "La causa del relajamiento del sacerdote está en que no dedica suficiente atención a la Misa" (17).

El Cura de Ars se dejaba embargar particularmente ante la presencia real de Cristo en la Eucaristía. Ante el tabernáculo pasaba frecuentemente largas horas de adoración, antes de amanecer o durante la noche; durante sus homilías solía señalar al sagrario diciendo con emoción: "El está ahí". Por ello, él que tan pobremente vivía en su casa rectoral, no dudaba en gastar cuanto fuera necesario para embellecer la iglesia. Pronto pudo verse el buen resultado: los feligreses tomaron por costumbre el venir a rezar ante el Santísimo Sacramento descubriendo, a través de la actitud de su párroco, el gran misterio de la fe.

Ante tal testimonio, viene a nuestra mente lo que el Concilio Vaticano II nos dice hoy acerca de los sacerdotes: "Su oficio sagrado lo ejercen, sobre todo, en el culto o asamblea eucarística" (18). Y, más recientemente, el Sínodo Extraordinario de los Obispos (diciembre de 1985) recordaba: "La liturgia debe fomentar el sentido de lo sagrado y hacerlo resplandecer. Debe estar imbuida de reverencia y de glorificación de Dios... La Eu-

caristía es la fuente y el culmen de toda vida cristiana" (19).

Queridos hermanos sacerdotes, el ejemplo del Cura de Ars nos invita a un serio examen de conciencia. ¿Qué lugar ocupa la Santa Misa en nuestra vida cotidiana? ¿Continúa siendo la Misa, como en el día de nuestra ordenación — fue nuestro primer acto como sacerdotes! —, el principio de nuestra labor apostólica y de nuestra santificación personal? ¿Cómo la preparamos y la celebramos? ¿Cómo es nuestra oración ante el Santísimo Sacramento y cómo la inculcamos a los fieles? ¿Cuál es nuestro empeño en hacer de nuestras iglesias la casa de Dios para que la presencia divina atraiga a los hombres de hoy, que con tanta frecuencia sienten que el mundo está vacío de Dios?

PREDICACION Y CATEQUESIS

9. El Cura de Ars ponía toda su atención en no descuidar nunca el ministerio de la Palabra, absolutamente necesario para acoger la fe y la conversión; y solía decir: "Nuestro Señor, que es la verdad misma, no da menos importancia a su Palabra que a su Cuerpo" (20). Es bien sabido cuánto tiempo consagraba él, sobre todo al principio, a elaborar cuidadosamente sus predicaciones del domingo. Más tarde, podía ya expresarse con mayor espontaneidad, con convicción viva y clara, y con comparaciones sacadas de la experiencia cotidiana, tan sugestivas para los fie-

les. El catecismo a los niños constituía igualmente una parte importante de su ministerio, y no era raro ver a adultos que con gusto se unían a los niños para aprovecharse también de aquel testimonio sin par, que brotaba del corazón.

Tenía la valentía de denunciar el mal bajo todas sus formas y sin condescendencias, pues estaba en juego la salvación eterna de sus fieles: "Si un Pastor permanece mudo viendo a Dios ultrajado y que las almas se descarrían, ¡ay de él! Si no quiere condenarse, ante cualquier clase de desorden en su parroquia, deberá pasar por encima del respeto humano y del temor a ser menospreciado u odiado". Esta responsabilidad constituía para él su angustia como párroco. Pero, generalmente, "él prefería presentar la cara atractiva de la virtud más que la fealdad del vicio", y si ponía ante los ojos — a veces incluso llorando — el pecado y sus peligros para la salvación, no dejaba de insistir en la ternura de Dios ofendido, y en la dicha de sentirse amado por Dios, unido a Él y de vivir en su presencia.

Queridos hermanos sacerdotes, vosotros estáis convencidos de la importancia del anuncio del Evangelio, que el Concilio Vaticano II ha puesto entre las funciones primordiales de los sacerdotes (21). Mediante la catequesis, la predicación y las diversas formas de expresión que abarcan también los medios de comunicación social, tratáis de llegar al corazón de los hombres de hoy, con sus esperanzas e incertidumbres, para avivar y alimentar su fe. A ejemplo del Cura de Ars y siguiendo la exhortación del Concilio (22), poned todo vuestro empeño en enseñar la Palabra de Dios que llama a todos los hombres a la conversión y a la santidad.

LA IDENTIDAD DEL SACERDOTE

MINISTERIO ESPECIFICO DEL SACERDOTE

10. San Juan María Vianney viene a darnos una elocuente respuesta a algunos interrogantes sobre la identidad del sacerdote, que se han manifestado durante los últimos veinte años; si bien, a lo que parece, se está llegando a posiciones más equilibradas.

El sacerdote encuentra siempre, e invariablemente, la fuente de su propia identidad en Cristo Sacerdote. No es el mundo quien debe fijarle su estatuto o identidad según las necesidades o concepciones de las funciones sociales. El sacerdote está marcado con el sello del Sacerdocio de Cristo, para participar en su función de único Mediador y de Redentor.

Debido a esa vinculación fundamental, se abre ante el sacerdote el inmenso campo del servicio a las almas para llevarles la salvación en Cristo y en la Iglesia. Un servicio que debe inspirarse totalmente en el amor a las almas, a ejemplo del Señor que entrega su vida por ellas. Dios quiere que todos los hombres se salven y que ninguno de sus hijos se pierda (23). "El sacerdote debe estar siempre dispuesto a responder a las necesidades de las almas" (24), acostumbraba a decir el Cura de Ars. "El no es para sí mismo, sino para vosotros" (25).

El sacerdote es para los seglares.

21) Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decreto *Presbyterorum ordinis*, sobre el ministerio y vida de los presbíteros, n. 4.

22) Cf. *ib.*

23) Cf. Mt 18, 14.

24) Nodet, pág. 101.

25) *ib.*, pág. 102.

15) *ib.*, pág. 107.

16) *ib.*, pág. 110.

17) *ib.*, pág. 108.

18) Conc. Ecum. Vat. II, Constitución dogmática *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, n. 28.

19) Documento final, II, B. b/1 y C/1; cf. Conc. Ecum. Vat. II, Constitución dogmática *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, n. 11.

20) Nodet, pág. 126.

Los anima y sostiene en el ejercicio del sacerdocio común de los bautizados —puesto muy de relieve por el Concilio Vaticano II—, el cual consiste en hacer de su vida una ofrenda espiritual, dar testimonio del espíritu cristiano en el seno de la familia, tomar la responsabilidad en las cosas temporales y participar en la evangelización de sus hermanos. Mas el ministerio del sacerdote es de un orden diverso. El ha sido ordenado para actuar en nombre de Cristo-Cabeza, para ayudar a los hombres a entrar en la vida nueva abierta por Cristo, para dispensarles sus misterios —la Palabra, el perdón y el Pan de Vida—, para reunirles en su Cuerpo y ayudarles a formarse interiormente, para vivir y actuar según el designio salvífico de Dios. En una palabra, nuestra identidad de sacerdotes se manifiesta irradiando, en modo creativo, el amor a las almas que Cristo Jesús nos ha comunicado.

Los intentos de laicización del sacerdote son perjudiciales para la Iglesia. Esto, sin embargo, no quiere decir que el sacerdote pueda mantenerse alejado de las preocupaciones humanas de los seglares; por el contrario, ha de estar muy cerca de ellos, como Juan María Vianney, pero como sacerdote, mirando siempre a su salvación y al progreso del reino de Dios. Es testigo y dispensador de una vida distinta de la terrestre (26). Es algo esencial para la Iglesia que la identidad del sacerdote esté salvaguardada, con su dimensión vertical. La vida y la personalidad del Cura de Ars son, a este respecto, un ejemplo luminoso y atrayente.

SU CONFIGURACION INTIMA CON CRISTO Y SU SOLIDARIDAD CON LOS PECADORES

11. San Juan María Vianney no

se contentó con el cumplimiento ritual de los actos propios de su ministerio. Trató de conformar su corazón y vida al modelo de Cristo.

La oración fue el alma de su vida. Una oración silenciosa, contemplativa; las más de las veces en su Iglesia, al pie del tabernáculo. Por Cristo, su alma se abría a las tres Personas divinas, a las que en el testamento él entregaría “su pobre alma”. “El conservó una unión constante con Dios en medio de una vida sumamente ocupada”. Y nunca descuidó ni el Oficio Divino ni el Rosario. De modo espontáneo se dirigía constantemente a la Virgen.

Su pobreza era extraordinaria. Se despojó literalmente en favor de los pobres. Rehuía los honores. La *castidad* brillaba en su rostro. Sabía lo que costaba la pureza para “encontrar la fuente del amor que está en Dios”. La *obediencia* a Cristo se traducía, para Juan María Vianney, en obediencia a la Iglesia y especialmente a su obispo. La encarnaba en la aceptación de la pesada carga de párroco, que con frecuencia le sobrecogía.

Pero el Evangelio insiste especialmente en la *renuncia a sí mismo*, en la aceptación de la cruz... ¡Cuántas cruces se le presentaron al cura de Ars en su ministerio: calumnias de la gente, incomprensiones de un vicario coadjutor o de otros sacerdotes, contradicciones, una lucha misteriosa contra los poderes del infierno y, a veces, incluso la tentación de la desesperanza en la noche espiritual del alma.

No obstante, no se contentó con aceptar estas pruebas sin quejarse; salió al encuentro de la *mortificación* imponiéndose ayunos continuos, así

26) Cf. Conc. Ecum. Vati. II, Decreto *Presbyterorum ordinis*, sobre el ministerio y la vida de los presbíteros, n. 3.

como otras rigurosas maneras de “reducir su cuerpo a servidumbre”, como dice San Pablo, Mas lo que hay que ver en estas formas de penitencia —a las que, por desgracia, nuestro tiempo no está acostumbrado— son sus motivaciones: el amor a Dios y la conversión de los pecadores. Así interpela a un hermano sacerdote desanimado: “Ha rezado... ha gemido... pero, ¿ha ayunado, ha pasado noches en vela...?” (27). Es la evocación de aquella admonición de Jesús a los Apóstoles: “Esta raza no puede ser lanzada sino por la oración y el ayuno” (28).

En definitiva, Juan María Vianney se santificaba para ser más apto para santificar a los demás. Ciertamente, la conversión sigue siendo el secreto de los corazones —libres en sus decisiones— y el secreto de la gracia de Dios. Mediante su ministerio el sacerdote ilumina a las personas, guiándolas en sus conciencias y dándoles los sacramentos. Estos sacramentos son, en efecto, actos del mismo Cristo, cuya eficacia no disminuye por las imperfecciones o por la indignidad del ministro. Pero el resultado depende también de las disposiciones personales de quien los recibe, y éstas son favorecidas en gran manera por la santidad personal del sacerdote, por su visible testimonio así como por el misterioso intercambio de méritos en la Comunión de los Santos. San Pablo decía: “Suplo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su Cuerpo, que es la Iglesia” (29). Podría decirse que Juan María Vianney quería, en cierto modo, arrancar a Dios las gracias de la conversión no solamente con sus oraciones, sino también con el sacrificio de toda su vida. Quería amar a Dios por todos aquellos que no le amaban y, a la vez, suplir en buena parte las penitencias que ellos no hacían. Era realmente el Pastor

siempre solidario con su pueblo pecador.

Amados hermanos sacerdotes, no tengamos miedo a este compromiso personal —marcado por la ascesis e inspirado por el amor— que Dios nos pide para ejercer dignamente nuestro sacerdocio. Recordemos la reciente reflexión de los padres sinodales: “Nos parece que en las dificultades actuales Dios quiere enseñarnos, de manera más profunda, el valor, la importancia y la centralidad de la cruz de Jesucristo” (30). En el sacerdote, Cristo vuelve a vivir su pasión por las almas. Demos gracias a Dios que de este modo nos permite participar en la redención con nuestro corazón y con nuestra propia carne.

Por todas estas razones, San Juan María Vianney no cesa de ser un testimonio vivo y actual de la verdad sobre la vocación y sobre el servicio sacerdotal. Conviene recordar la convicción con la que solía hablar de la grandeza del sacerdocio y de su absoluta necesidad. Los sacerdotes, al igual que quienes se preparan al sacerdocio y aquellos que recibirán la llamada, necesitan fijar la mirada en su ejemplo para seguirlo. También los fieles, gracias a él comprenderán mejor el misterio del sacerdocio de sus sacerdotes. *La figura del Cura de Ars sigue siendo actual.*

CONCLUSION PARA EL JUEVES SANTO

12. Queridos Hermanos, que estas reflexiones reaviven vuestro gozo de ser sacerdotes, vuestro deseo de serlo todavía más profundamente. El testimonio del Cura de Ars contiene aún muchas otras riquezas por profundizar. Volveremos nuevamente, y con

27) Nodet, pág. 193.

28) Mt 17, 21.

29) Col 1, 24.

30) Documento final, D/2.

mayor amplitud, sobre estos temas con ocasión de la peregrinación que, Dios mediante, tendré la dicha de llevar a cabo en octubre próximo, acogiendo la invitación que los obispos franceses me han hecho para celebrar en Ars el segundo centenario del nacimiento de Juan María Vianney.

Os dirijo esta primera meditación, amados hermanos, en la solemnidad del Jueves Santo. En este día del nacimiento de nuestro sacerdocio nos reuniremos en nuestras comunidades diocesanas para renovar la gracia del sacramento del orden y para reavivar el amor que caracteriza nuestra vocación.

Oiremos a Cristo que, como a los Apóstoles, nos dice: "Nadie tiene amor mayor que éste de dar uno la vida por sus amigos... Ya no os llamo siervos... os llamo amigos" (31).

Ante El, que manifiesta el Amor en toda su plenitud, sacerdotes y obispos renovaremos nuestras promesas sacerdotales.

Oremos los unos por los otros, cada cual por su hermano, y todos por todos.

Roguemos al Sacerdote Eterno que el recuerdo del Cura de Ars nos ayude a reavivar nuestro celo en su servicio.

Supliquemos al Espíritu Santo que llame a su Iglesia a muchos sacerdotes del temple y santidad del Cura de Ars; nuestra época tiene gran necesidad de ellos y ha de ser capaz de hacer germinar estas vocaciones.

Confiemos nuestro sacerdocio a la Virgen María, Madre de los sacerdotes, a quien Juan María Vianney recurría sin cesar con tierno afecto y total confianza. Para él esto era un ulterior motivo de acción de gracias: "Jesucristo —decía—, tras habernos dado cuanto nos podía dar, quiere aún dejarnos en herencia lo más precioso que El tenía: su Santa Madre" (32).

Con todo mi afecto, y junto con vuestro obispo, os imparto de corazón mi bendición apostólica.

Vaticano, 16 de marzo, V domingo de Cuaresma de 1986, VIII año de mi pontificado.

31) Jn 15, 13. 15.

32) Nodet, pág. 252

EL ESPÍRITU SANTO EN LA VIDA DE LA IGLESIA Y DEL MUNDO

CARTA ENCICLICA "DOMINUM ET VIVIFICANTEM"

Venerables hermanos, amadísimos hijos e hijas:
¡Salud y bendición apostólica!

INTRODUCCION

1. La Iglesia profesa su fe en el *Espíritu Santo* que es "*Señor y dador de vida*". Así lo profesa el Símbolo de la Fe, llamado nicenoconstantinopolitano por el nombre de los dos Concilios —Nicea (a. 325) y Constantinopla (a. 381)—, en los que fue formulado o promulgado. En Ellos se añade también que el Espíritu Santo "habló por los profetas".

Son palabras que la Iglesia recibe de la fuente misma de su fe, Jesucristo. En efecto, según el Evangelio de Juan, el Espíritu Santo nos es dado con la nueva vida, como anuncia y promete Jesús el día grande de la fiesta de los tabernáculos: "Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba el que cree en mí, como dice la Escritura: De su seno correrán ríos de agua viva" (1). Y el evangelista explica: "*Esto decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él*" (2). Es el mismo símil del agua usado por Jesús en su coloquio con la Samaritana, cuando habla de una "fuente de agua que brota para la vida eterna" (3), y en el coloquio con Nicodemo, cuando anuncia la necesidad de un nuevo nacimiento "*de agua y de Espíritu*" para "entrar en el Reino de Dios" (4).

La Iglesia, por tanto, instruida por la palabra de Cristo, partiendo de la experiencia de Pentecostés y de su historia apostólica, proclama desde el principio su fe en el Espíritu Santo, como *aquel que es dador de vida*, *aquel en el que* el inescrutable Dios uno y trino se comunica a los hombres, constituyendo en ellos la fuente de vida eterna.

2. Esta fe, profesada ininterrumpidamente por la Iglesia, debe ser siempre fortalecida y profundizada en la conciencia del Pueblo de Dios. Durante el último siglo esto ha sucedido varias veces: desde León XIII, que publicó la Encíclica *Divinum illud munus* (a. 1897) dedicada enteramente al Espíritu Santo, pasando por Pío XII, que en la Encíclica *Mystici Corporis* (a. 1943) se refirió al Espíritu Santo como principio vital de la Iglesia, en la cual actúa conjuntamente con Cristo, Cabeza del Cuerpo Místico (5), hasta el Concilio Ecuménico Vaticano II, que ha hecho

NOTAS

1) Jn 7, 37 s.

2) Jn 7, 39.

3) Jn 4, 14; Conc. Ecum. Vat. II. Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 4.

4) Cf. Jn 3, 5.

5) Cf. León XIII, Carta Encicl. *Divinum illud munus* (9 mayo 1897): *Acta Leonis*, 17, 1898, págs. 125-148; Pío XII, Carta Encicl. *Mystici Corporis* (29 junio 1943): *ASS* 35, 1943, págs. 183-248.

sentir la necesidad de una nueva profundización de la doctrina sobre el Espíritu Santo, como subraya Pablo VI: "A la cristología y especialmente a la eclesiología del Concilio debe suceder un estudio nuevo y un culto nuevo del Espíritu Santo, justamente como necesario complemento de la doctrina conciliar" (6).

En nuestra época, pues, estamos de nuevo llamados, por la fe siempre antigua y siempre nueva de la Iglesia, a acercarnos al Espíritu que es dador de vida. Nos ayuda a ello y nos estimula también la herencia común con las Iglesias orientales, las cuales han custodiado celosamente las riquezas extraordinarias de las enseñanzas de los Padres sobre el Espíritu Santo. También por esto podemos decir que uno de los acontecimientos eclesiales más importantes de los últimos años ha sido el XVI centenario del I Concilio de Constantinopla, celebrado contemporáneamente en Constantinopla y en Roma en la solemnidad de Pentecostés del 1981. El Espíritu Santo ha sido comprendido mejor en aquella ocasión, mientras se meditaba sobre el misterio de la Iglesia, como aquél que indica los caminos que llevan a la unión de los cristianos, más aún, como la fuente suprema de esta unidad, que proviene de Dios mismo y a la que San Pablo dio una expresión particular con las palabras con que frecuentemente se inicia la liturgia eucarística: "La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo esté con todos vosotros" (7).

De esta exhortación han partido, en cierto modo, y en ella se han inspirado las precedentes Encíclicas *Redemptor hominis* y *Dives in misericordia*, las cuales celebran el hecho de nuestra salvación realizada en el Hijo, enviado por el Padre, al mundo, "para que el mundo se salve por él" (8) y "toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre" (9). De esta misma exhortación arranca ahora la presente Encíclica sobre el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria: él es una Persona divina que está en el centro de la fe cristiana y es la fuente y fuerza dinámica de la renovación de la Iglesia (10). Esta Encíclica arranca de la herencia profunda del Concilio. En efecto, los textos conciliares, gracias a su enseñanza sobre la Iglesia en sí misma y sobre la Iglesia en el mundo, nos animan a penetrar cada vez más en el misterio trinitario de Dios, siguiendo el itinerario evangélico, patrístico y litúrgico: al Padre, por Cristo, en el Espíritu Santo.

De este modo la Iglesia responde también a ciertos deseos profundos, que trata de vislumbrar en el corazón de los hombres de hoy: un nuevo descubrimiento de Dios en su realidad trascendente de Espíritu infinito, como lo presenta Jesús a la Samaritana; la necesidad de adorarlo "en espíritu y verdad" (11); la esperanza de encontrar en El el secreto del amor y la fuerza de una "creación nueva" (12): sí, precisamente Aquél que es dador de vida.

La Iglesia se siente llamada a esta misión de anunciar el Espíritu mientras, junto con la familia humana, se acerca al final del segundo milenio después de Cristo.

6) Audiencia general del 6 de junio de 1973: Pablo VI, *Enseñanzas al Pueblo de Dios*, 1973, 74.

7) *Misal Romano*, cf. 2 Cor 13, 13.

8) *Jn* 3, 17.

9) *Flp* 2, 11.

10) Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 4; Juan Pablo II, *Discurso a los participantes en el Congreso internacional de Pneumatología* (26 de marzo de 1982): "L'Osservatore Romano" Edición en Lengua Española, 30 de mayo, 1982, pág. 2.

11) Cf. *Jn* 4, 24.

12) Cf. *Rom* 8, 22; *Gál* 6, 15.

En la perspectiva de un cielo y una tierra que "pasarán", la Iglesia sabe bien que adquieren especial elocuencia las "palabras que no pasarán" (13). Son las palabras de Cristo sobre el Espíritu Santo, fuente inagotable del "agua que brota para la vida eterna" (14), que es verdad y gracia salvadora. Sobre estas palabras quiere reflexionar y hacia ellas quiere llamar la atención de los creyentes y de todos los hombres, mientras se prepara a celebrar —como se dirá más adelante— el gran Jubileo que señalará el paso del segundo al tercer milenio cristiano.

Naturalmente, las consideraciones que siguen no pretenden examinar de modo exhaustivo la riquísima doctrina sobre el Espíritu Santo, ni privilegiar alguna solución sobre cuestiones todavía abiertas. Tienen como objeto principal desarrollar en la Iglesia la conciencia de que a ella "el Espíritu Santo la impulsa a cooperar para que se cumpla el designio de Dios, quien constituyó a Cristo principio de salvación para todo el mundo" (15).

I PARTE

EL ESPIRITU DEL PADRE Y DEL HIJO DADO A LA IGLESIA

1. Promesa y revelación de Jesús durante la Cena pascual

3. Cuando ya era inminente para Jesús el momento de dejar este mundo, anunció a los Apóstoles "otro Paráclito" (16). El evangelista Juan, que estaba presente, escribe que Jesús, durante la Cena pascual anterior al día de su pasión y muerte, se dirigió a ellos con estas palabras: "Todo lo que pidáis en mi nombre, yo lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. . . y yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de la verdad" (17).

Precisamente a este Espíritu de la verdad Jesús lo llama el Paráclito, y *Parákletos* quiere decir "consolador", y también "intercesor" o "abogado". Y dice que es "otro" Paráclito, el segundo, porque El mismo, Jesús es el primer Paráclito (18), al ser el primero que trae y da la Buena Nueva. El Espíritu Santo viene después de El y gracias a El, para continuar en el mundo, por medio de la Iglesia, la obra de la Buena Nueva de salvación. De esta continuación de su obra por parte del Espíritu Santo Jesús habla más de una vez durante el mismo discurso de despedida, preparando a los Apóstoles, reunidos en el Cenáculo, para su partida, es decir, su pasión y muerte en cruz.

Las palabras, a las que aquí nos referimos, se encuentran en el *Evangelio de Juan*. Cada una de ellas añade algún contenido nuevo a aquel anuncio y a aquella promesa. Al mismo tiempo, están simultáneamente relacionadas entre sí no sólo por la perspectiva de los mismos acontecimientos, sino también por la perspectiva del misterio del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, que quizás en ningún

13) Cf. *Mt* 24, 35.

14) *Jn* 4, 14.

15) Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 17.

16) ὁ ἄλλος παρακλητοῦν: *Jn* 14, 16.

17) *Jn* 14, 13. 16 s.

18) Cf. 1 *Jn* 2, 1.

otro pasaje de la Sagrada Escritura encuentra una expresión tan relevante como ésta.

4. Poco después del citado anuncio, añade Jesús: "Pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, *os lo enseñará* todo y *os recordará* todo lo que yo he dicho" (19). El Espíritu Santo será el Consolador *dará* todo lo que yo he dicho" (19). El Espíritu Santo será el Consolador de los Apóstoles y de la Iglesia, siempre presente en medio de ellos —aunque invisible— como maestro de la misma Buena Nueva que Cristo anunció. Las palabras "enseñará" y "recordará" significan no sólo que el Espíritu, a su manera, seguirá inspirando la predicación del Evangelio de salvación, sino que también ayudará a comprender el justo significado del contenido del mensaje de Cristo, asegurando su continuidad e identidad de comprensión en medio de las condiciones y circunstancias mudables. El Espíritu Santo, pues, hará que en la Iglesia perdure siempre *la misma verdad* que los Apóstoles oyeron de su Maestro.

5. Los Apóstoles, al transmitir la Buena Nueva, se unirán particularmente al Espíritu Santo. Así sigue hablando Jesús: "Cuando venga el Paráclito, que yo os enviaré de junto al Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, *él dará testimonio de mí*. Pero también vosotros daréis testimonio, porque estáis conmigo desde el principio" (20).

Los Apóstoles fueron testigos directos y oculares. "Oyeron" y "vieron con sus propios ojos", "miraron" e incluso "tocaron con sus propias manos" a Cristo, como se expresa en otro pasaje el mismo evangelista Juan (21). Este testimonio suyo humano, ocular e "histórico" sobre Cristo se une al testimonio del Espíritu Santo: "El dará testimonio de mí". En el testimonio del Espíritu de la verdad encontrará el supremo apoyo el testimonio humano de los Apóstoles. Y luego encontrará también en ellos el fundamento interior de su continuidad entre las generaciones de los discípulos y de los confesores de Cristo, que se sucederán en los siglos posteriores.

Si la revelación suprema y más completa de Dios a la humanidad es Jesucristo mismo, el testimonio del Espíritu de la verdad inspira, garantiza y corrobora su fiel transmisión en la predicación y en los escritos apostólicos (22), mientras que el testimonio de los Apóstoles asegura su expresión humana en la Iglesia y en la historia de la humanidad.

6. Esto se deduce también de la profunda correlación de contenido y de intención con el anuncio y la promesa mencionada, que se encuentra en las palabras sucesivas del texto de Juan: "Mucho podría deciros aún, pero ahora no podéis con ello. Cuando venga el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga, y os anunciará lo que ha de venir" (23).

Con estas palabras Jesús presenta el Paráclito, el Espíritu de la verdad, como el que "enseñará" y "recordará", como el que "dará testimonio" de El; luego dice: "os guiará hasta la verdad completa". Este "guiar hasta la verdad completa", con referencia a lo que dice a los Apóstoles "pero ahora no podéis con ellos", está ne-

19) Jn 14, 26.

20) Jn 15, 26 s.

21) Cf. 1 Jn 1, 1-3; 4, 14.

22) "La revelación que la Sagrada Escritura contiene y ofrece ha sido puesta por escrito bajo la inspiración del Espíritu Santo", por lo tanto la misma Sagrada Escritura "se ha de leer con el mismo Espíritu con que fue escrita": Con. Ecum. Vat. II. Const. dogm. *Dei Verbum*, sobre la divina revelación, 11. 12.

23) Jn 16, 12 s.

cesariamente relacionado con el anonadamiento de Cristo por medio de la pasión y muerte de cruz, que entonces, cuando pronunciaba estas palabras, era inminente.

Después, sin embargo, resulta claro que aquel "guiar hasta la verdad completa" se refiere al escándalo de la cruz y además a todo lo que Cristo "hizo y enseñó" (24). En efecto, el misterio de Cristo en su globalidad exige la fe, ya que ésta introduce oportunamente al hombre en la realidad del misterio revelado. El "guiar hasta la verdad completa" se realiza, pues, en la fe y mediante la fe, lo cual es obra del Espíritu de la verdad y fruto de su acción en el hombre. El Espíritu Santo debe ser en esto la guía suprema del hombre y la luz del espíritu humano. Esto sirve para los Apóstoles, testigos oculares, que deben llevar ya a todos los hombres el anuncio de lo que Cristo "hizo y enseñó" y, especialmente, el anuncio de su cruz y de su resurrección. En una perspectiva más amplia esto sirve también para todas las generaciones de discípulos y confesores del Maestro, ya que deberán aceptar con fe y confesar con lealtad el misterio de Dios operante en la historia del hombre, el misterio revelado que explica el sentido definitivo de esta misma historia.

7. Entre el Espíritu Santo y Cristo subsiste, pues, en la economía de la salvación una relación íntima por la cual el Espíritu actúa en la historia del hombre como "otro Paráclito", asegurando de modo permanente la transmisión y la irradiación de la Buena Nueva revelada por Jesús de Nazaret. Así, resplandece la gloria de Cristo en el Espíritu Santo Paráclito, que en el misterio y en la actividad de la Iglesia continúa incesantemente la presencia histórica del Redentor sobre la tierra y su obra salvífica, como lo atestiguan las siguientes palabras de Juan: "El me dará gloria, porque recibirá de lo mío y os lo comunicará a vosotros" (25). Con estas palabras se confirma una vez más todo lo que han dicho los enunciados anteriores. "Enseñará... recordará... dará testimonio". La suprema y completa autorrevelación de Dios, que se ha realizado en Cristo, atestiguada por la predicación de los Apóstoles, sigue manifestándose en la Iglesia mediante la misión del Paráclito invisible, el Espíritu de la verdad. Cuán íntimamente esta misión está relacionada con la misión de Cristo y cuán plenamente se fundamenta en ella misma, consolidando y desarrollando en la historia sus frutos salvíficos, está expresado con el verbo "recibir": "recibirá de lo mío y os lo comunicará". Jesús, para explicar la palabra "recibirá", poniendo en clara evidencia la unidad divina y trinitaria de la fuente añade: "Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso os he dicho: Recibirá de lo mío y os lo comunicará a vosotros" (26). Tomando de lo "mío", por eso mismo recibirá de "lo que es del Padre".

A la luz de aquel "recibirá" se pueden explicar también las otras palabras significativas sobre el Espíritu Santo, pronunciadas por Jesús en el Cenáculo antes de la Pascua: "Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy, os lo enviaré; y cuando él venga, convencerá al mundo en lo referente al pecado, en lo referente a la justicia y en lo referente al juicio" (27). Convendrá dedicar todavía a estas palabras una reflexión aparte.

2. Padre, Hijo y Espíritu Santo

8. Una característica del texto joánico es que el Padre, el Hijo y el Espíritu San-

24) Act 1, 1.

25) Jn 16, 14.

26) Jn 16, 15.

27) Jn 16, 7 s.

to son llamados claramente Personas; la primera es distinta de la segunda y de la tercera y éstas también lo son entre sí. Jesús habla del Espíritu Paráclito, usando varias veces el pronombre personal "él"; y al mismo tiempo, en todo el discurso de despedida, descubre los lazos que unen recíprocamente al Padre, al Hijo y al Paráclito. Por tanto, "el Espíritu... procede del Padre" (28) y el Padre "dará" el Espíritu (29). El Padre "enviará" el Espíritu en nombre del Hijo (30), el Espíritu "dará testimonio del Hijo" (31). El Hijo pide al Padre que envíe el Espíritu Paráclito (32), pero afirma y promete, además, en relación con su "partida" a través de la cruz: "Si me voy, os lo enviaré" (33). Así pues, el Padre envía el Espíritu Santo con el poder de su paternidad, igual que ha enviado al Hijo (34), y al mismo tiempo lo envía con la fuerza de la redención realizada por Cristo; en este sentido el Espíritu Santo es enviado también por el Hijo: "os lo enviaré".

Conviene notar aquí que si todas las demás promesas hechas en el Cenáculo anunciaban la venida del Espíritu Santo *después* de la partida de Cristo, la contenida en el texto de Juan comprende y subraya claramente también la relación de interdependencia, que se podrá llamar *causal*, entre la manifestación de ambos: "Pero si me voy, os lo enviaré". El Espíritu Santo vendrá cuando Cristo se haya ido por medio de la cruz; vendrá no sólo *después*, sino *como causa* de la redención realizada por Cristo, por voluntad y obra del Padre.

9. Así, en el discurso pascual de despedida se llega —puede decirse— *al culmen de la revelación trinitaria*. Al mismo tiempo, nos encontramos ante unos acontecimientos definitivos y unas palabras supremas, que al final se traducirán en el gran mandato misional dirigido a los Apóstoles y, por medio de ellos, a la Iglesia: "Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes", mandato que encierra, en cierto modo, la fórmula trinitaria del bautismo: "*bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*" (35). Esta fórmula refleja el misterio íntimo de Dios y de su vida divina, que es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, divina unidad de la Trinidad. Se puede leer este discurso como una preparación especial a esta fórmula trinitaria, en la que se expresa la fuerza vivificadora del sacramento que obra *la participación en la vida de Dios uno y trino*, porque da al hombre la gracia santificante como don sobrenatural. Por medio de ella éste es llamado y hecho "capaz" de participar en la inescrutable vida de Dios.

10. Dios, en su vida íntima, "es amor" (36), amor esencial, común a las tres Personas divinas. El Espíritu Santo es amor personal como Espíritu del Padre y del Hijo. Por eso "sondea hasta las profundidades de Dios" (37), como *Amor-don increado*. Puede decirse que en el Espíritu Santo la vida íntima de Dios uno y trino se hace enteramente don, intercambio del amor recíproco entre las Personas divinas, y que por el Espíritu Santo Dios "existe" como don. El Espíritu Santo es pues la *expresión personal* de esta donación, de este ser-amor (38). Es Persona-amor. Es Persona-don. Tenemos aquí una riqueza insondable de la realidad y una profundi-

28) Jn 15, 26.

29) Jn 14, 16.

30) Jn 14, 26.

31) Jn 15, 26.

32) Jn 14, 16.

33) Jn 16, 7.

34) Cf. Jn 3, 16 s., 34; 6, 57; 17, 3. 18. 23.

35) Mt 28, 19.

36) Cf. 1 Jn 4, 8. 16.

37) 1 Cor 2, 10.

38) Cf. Sto. Tomás de Aquino, *Summa Theol.* Ia., qq. 37-38.

zación inefable del concepto de persona en Dios, que solamente conocemos por la Revelación.

Al mismo tiempo, el Espíritu Santo, consustancial al Padre y al Hijo en la divinidad, es amor y don (increado) del que deriva como de una fuente (*fons vivus*) toda *dádiva* a las criaturas (don creado): la donación de la existencia a todas las cosas mediante la creación; la donación de la gracia a los hombres mediante toda la economía de la salvación. Como escribe el Apóstol Pablo: "El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (39).

3. La donación salvífica de Dios por el Espíritu Santo

11. El discurso de despedida de Cristo durante la Cena pascual se refiere particularmente a este "dar" y "darse" del Espíritu Santo. En el *Evangelio de Juan* se descubre la "lógica" más profunda del misterio salvífico contenido en el designio eterno de Dios como expansión de la inefable comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Es la "lógica" divina, que del misterio de la Trinidad lleva al misterio de la Redención del mundo por medio de Jesucristo. *La Redención realizada por el Hijo* en el ámbito de la historia terrena del hombre —realizada por su "partida" a través de la cruz y resurrección— es al mismo tiempo, en toda su fuerza salvífica, *transmitida al Espíritu Santo*: que "recibirá de lo mío" (40). Las palabras del texto joánico indican que, según el designio divino, la "partida" de Cristo es condición indispensable del "envío" y de la venida del Espíritu Santo, indican que entonces comienza *la nueva comunicación salvífica por el Espíritu Santo*.

12. Es un *nuevo inicio* en relación con el *primero* —*inicio originario de la donación salvífica de Dios*—, que se identifica con el misterio de la creación. Así leemos ya en las primeras páginas del *libro del Génesis*: "En el principio creó Dios los cielos y la tierra... y el Espíritu de Dios (ruah Elohim) aleteaba por encima de las aguas" (41). Este concepto bíblico de creación comporta no sólo la llamada del ser mismo del cosmos a la existencia, es decir, el *dar la existencia*, sino también la presencia del Espíritu de Dios en la creación, o sea, el inicio de la comunicación salvífica de Dios a las cosas que crea. Lo cual es válido *ante todo para el hombre*, que ha sido creado a imagen y semejanza de Dios: "Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra" (42). "Hagamos", ¿se puede considerar que el plural, que el Creador usa aquí hablando de sí mismo, sugiera ya de alguna manera el misterio trinitario, la presencia de la Trinidad en la obra de la creación del hombre? El lector cristiano, que conoce ya la revelación de este misterio, puede también descubrir su reflejo en estas palabras. En cualquier caso, el contexto nos permite ver en la creación del hombre el primer inicio de la donación salvífica de Dios a la medida de su "imagen y semejanza" que ha concedido al hombre.

13. Parece, pues, que las palabras pronunciadas por Jesús en el discurso de despedida deben ser leídas también con referencia a aquel "inicio" tan lejano, pero fundamental, que conocemos por el Génesis. "Si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy, os lo enviaré". Cristo, describiendo su "partida" como *condición* de la "venida" del Paráclito, une el nuevo inicio de la comunicación sal-

39) Rom 5, 5.

40) Jn 16, 14.

41) Gén 1, 1 s.

42) Gén 1, 26.

vífica de Dios por el Espíritu Santo con el misterio de la Redención. Este es un nuevo inicio, ante todo porque *entre* el primer inicio y toda la historia del hombre —empezando por la caída original—, *se ha interpuesto el pecado*, que es contrario a la presencia del Espíritu de Dios en la creación y es, sobre todo, *contrario a la comunicación salvífica de Dios al hombre*. Escribe San Pablo que, precisamente a causa del pecado, “la creación... fue sometida a la vanidad... gimiendo hasta el presente y sufre dolores de parto” y “desea vivamente la revelación de los hijos de Dios” (43).

14. Por eso Jesucristo dice en el Cenáculo: “Os conviene que yo me vaya”; “Si me voy, os lo enviaré” (44). La “partida” de Cristo a través de la cruz tiene la fuerza de la Redención; y esto significa también una nueva presencia del Espíritu de Dios en la creación; el nuevo inicio de la comunicación de Dios al hombre por el Espíritu Santo. “La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abbá Padre!”, escribe el Apóstol Pablo en la *Carta a los Gálatas* (45). El Espíritu Santo es el *Espíritu del Padre*, como atestiguan las palabras del discurso de despedida en el Cenáculo. Es, al mismo tiempo, el Espíritu del Hijo: es el *Espíritu de Jesucristo*, como atestiguarán los Apóstoles y especialmente Pablo de Tarso (46). Con el envío de este Espíritu “a nuestros corazones” comienza a cumplirse lo que “la creación desea vivamente”, como leemos en la *Carta a los Romanos*.

El Espíritu viene a costa de la “partida” de Cristo. Si esta “partida” causó la *tristeza de los Apóstoles* (47), y ésta debía llegar a su culmen en la pasión y muerte del Viernes Santo, a su vez esta “tristeza se convertirá en gozo” (48). En efecto, Cristo insertará en su “partida” redentora la gloria de la resurrección y de la ascensión al Padre. Por tanto la tristeza, a través de la cual aparece el gozo, es la parte que toca a los Apóstoles en el marco de la “partida” de su Maestro, una partida “conveniente”, porque gracias a ella vendría otro “Paráclito” (49). A costa de la cruz redentora y por la fuerza de todo el misterio pascual de Jesucristo, el Espíritu Santo viene para quedarse *desde el día de Pentecostés* con los Apóstoles, para estar con la Iglesia y en la Iglesia y, por medio de ella, en el mundo.

De este modo *se realiza* definitivamente aquel *nuevo inicio* de la comunicación de Dios uno y trino en el Espíritu Santo por obra de Jesucristo, Redentor del Hombre y del mundo.

4. El Mesías ungido con el Espíritu Santo

15. Se realiza así completamente la misión del Mesías, que recibió la plenitud del Espíritu Santo para el Pueblo elegido de Dios y para toda la humanidad. “Mesías” literalmente significa “Cristo”, es decir “ungido”; y en la historia de la salvación significa “ungido con el Espíritu Santo”. Esta era la tradición profética del Antiguo Testamento. Siguiéndola, Simón Pedro dirá en casa de Cornelio: “Vosotros sabéis lo sucedido en toda Judea... después que Juan predicó el bautismo; cómo Dios a Jesús de Nazaret le ungió con el Espíritu Santo y con poder” (50).

43) *Rom* 8, 19-22.

44) *Jn* 16, 7.

45) *Gál* 4, 6; cf. *Rom* 8, 15.

46) Cf. *Gál* 4, 6; *Flp* 1, 19; *Rom* 8, 11.

47) Cf. *Jn* 16, 6.

48) Cf. *Jn* 16, 20.

49) Cf. *Jn* 16, 7.

50) *Act* 10, 37 s.

Desde estas palabras de Pedro y otras muchas parecidas (51) conviene remontarse ante todo a la profecía de *Isaías*, llamada a veces “el quinto Evangelio” o bien el “Evangelio del Antiguo Testamento”. Aludiendo a la venida de un personaje misterioso, que la revelación neotestamentaria identificará con Jesús, *Isaías* relaciona la persona y su misión con una acción especial del Espíritu de Dios, Espíritu del Señor. Dice así el Profeta:

“Saldrá un vástago del tronco de Jesé / y un retoño de sus raíces brotará. / *Reposará sobre él el espíritu del Señor*: / espíritu de sabiduría e inteligencia, / espíritu de consejo y fortaleza, / espíritu de ciencia y de temor del Señor. / Y le inspirará en el temor del Señor” (52).

Este texto es importante para toda la pneumatología del Antiguo Testamento, porque constituye como un puente entre el antiguo concepto bíblico de “espíritu”, entendido ante todo como “aliento carismático”, y el “*Espíritu*” como *persona y como don, don para la persona*. El Mesías de la estirpe de David (“del tronco de Jesé”) es precisamente aquella persona sobre la que “se posará” el Espíritu del Señor. Es obvio que en este caso todavía no se pueda hablar de la revelación del Paráclito; sin embargo, con aquella alusión velada a la figura del futuro Mesías se abre, por decirlo de algún modo, la vía sobre la que se prepara la plena revelación del Espíritu Santo en la unidad del misterio trinitario, que se manifestará finalmente en la Nueva Alianza.

16. El Mesías es precisamente esta vía. En la Antigua Alianza la unción era un símbolo externo del don del Espíritu. El Mesías (mucho más que cualquier otro personaje ungido en la Antigua Alianza) es el único gran *Ungido por Dios mismo*. Es el Ungido en el sentido de que posee la plenitud del Espíritu de Dios. El mismo será también el mediador al conceder este Espíritu a todo el pueblo. En efecto, dice el Profeta con estas palabras:

El Espíritu del Señor está sobre mí, / por cuanto que me ha ungido el Señor. / A anunciar la Buena Nueva a los pobres me ha enviado, / a vendár los corazones rotos; / a pregonar a los cautivos la liberación, / y a los reclusos la libertad; / a pregonar el año de gracia del Señor” (53).

El Ungido es también enviado “con el Espíritu del Señor”.

“Ahora el Señor Dios me envía con su espíritu” (54).

Según el libro de *Isaías*, el Ungido y el Enviado junto con el Espíritu del Señor es también el *Servo elegido del Señor*, sobre el que se posa el Espíritu de Dios: “He aquí a mi siervo a quien sostengo, / mi elegido en quien se complace mi alma. / He puesto mi espíritu sobre él” (55).

Se sabe que el Siervo del Señor es presentado en el libro de *Isaías* como el verdadero varón de dolores: *el Mesías doliente* por los pecados del mundo (56). Y a la vez es precisamente aquél cuya misión *traerá verdaderos frutos de salvación para toda la humanidad*:

“Dictará ley a las naciones...” (57); y será “alianza del pueblo y luz de las gentes...” (58); “para que mi salvación alcance hasta los confines de la tierra” (59).

51) Cf. *Lc* 4, 16-21; 3, 16; 4, 14; *Mc* 1, 10.

52) *Is* 11, 1-3.

53) *Is* 61, 1 s.

54) *Is* 48, 16.

55) *Is* 42, 1.

56) Cf. *Is* 53, 5-6. 8.

57) *Is* 42, 1.

58) *Is* 42, 6.

59) *Is* 49, 6.

Ya que:

"Mi Espíritu que ha venido sobre ti / y mis palabras que he puesto en tus labios / no caerán de tu boca ni de la boca de tu descendencia / ni de la boca de la descendencia de tu descendencia, / dice el Señor, desde ahora y para siempre" (60).

Los textos proféticos expuestos aquí deben ser leídos por nosotros a la luz del Evangelio, como a su vez el Nuevo Testamento recibe una particular clarificación por la admirable luz contenida en estos textos veterotestamentarios. El profeta presenta al Mesías como aquél que viene por el Espíritu Santo, como aquél que posee la plenitud de este Espíritu en sí y, al mismo tiempo, para los demás, para Israel, para todas las naciones y para toda la humanidad. La plenitud del Espíritu de Dios está acompañada de múltiples dones, los de la salvación, destinados de modo particular a los pobres y a los que sufren, a todos los que abren su corazón a estos dones, a veces mediante las dolorosas experiencias de su propia existencia, pero ante todo con aquella disponibilidad interior que viene de la fe. Esto intuía el anciano Siméon, "hombre justo y piadoso" ya que "estaba en él el Espíritu Santo", en el momento de la presentación de Jesús en el templo, cuando descubría en él la "salvación preparada a la vista de todos los pueblos" a costa del gran sufrimiento —la cruz— que habría de abrazar acompañado por su Madre (61). Esto intuía todavía mejor la Virgen María, que "había concebido del Espíritu Santo" (62), cuando meditaba en su corazón los "misterios" del Mesías al que estaba asociada (63).

17. Conviene subrayar aquí claramente que el "Espíritu del Señor", que "se posa" sobre el futuro Mesías, es ante todo un don de Dios para la persona de aquel Siervo del Señor. Pero éste no es una persona aislada e independiente, porque actúa por voluntad del Señor en virtud de su decisión u opción. Aunque a la luz de los textos de Isaías la actuación salvífica del Mesías, Siervo del Señor, encierra en sí la acción del Espíritu que se manifiesta a través de él mismo, sin embargo en el contexto veterotestamentario no está sugerida la distinción de los sujetos o de las personas divinas, tal como subsisten en el misterio trinitario y son reveladas luego en el Nuevo Testamento. Tanto en Isaías como en el resto del Antiguo Testamento la personalidad del Espíritu Santo está totalmente "escondida": escondida en la revelación del único Dios, así como también en el anuncio del futuro Mesías.

18. Jesucristo se referirá a este anuncio, contenido en las palabras de Isaías, al comienzo de su actividad mesiánica. Esto acaecerá en Nazaret mismo, donde había transcurrido treinta años de su vida en la casa de José, el carpintero, junto a María, su Madre Virgen. Cuando se presentó la ocasión de tomar la palabra en la Sinagoga, abriendo el libro de Isaías encontró el pasaje en que estaba escrito: "El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto que me ha ungido el Señor" y después de haber leído este fragmento dijo a los presentes: "Esta Escritura, que acabáis de oír, se ha cumplido hoy" (64). De este modo confesó y proclamó ser el que "fue ungido" por el Padre, ser el Mesías, es decir Cristo, en quien mora el Espíritu Santo como don de Dios mismo, aquél que posee la plenitud de este Espíritu, aquél que marca el "nuevo inicio" del don que Dios hace a la humanidad con el Espíritu.

60) Is 59, 21.

61) Cf. Lc 2, 25-35.

62) Cf. Lc 1, 35.

63) Cf. Lc 2, 19, 51.

64) Cf. Lc 4, 16-21; Is 61, 1 s.

5. Jesús de Nazaret, "elevado" por el Espíritu Santo

19. Aunque en Nazaret, su patria, Jesús no es acogido como Mesías, sin embargo, al comienzo de su actividad pública, su misión mesiánica en el Espíritu Santo es revelada al pueblo por Juan el Bautista. Este, hijo de Zacarías y de Isabel, anuncia en el Jordán la venida del Mesías y administra el bautismo de penitencia. Dice al respecto: "Yo os bautizo con agua; pero viene el que es más fuerte que yo, y yo no soy digno de desatarle la correa de sus sandalias. El os bautizará en Espíritu Santo y fuego" (65).

Juan Bautista anuncia al Mesías-Cristo no sólo como el que "viene" por el Espíritu Santo, sino también como el que "lleva" el Espíritu Santo, como Jesús revelará mejor en el Cenáculo. Juan es aquí el eco fiel de las palabras de Isaías, que en el antiguo Profeta miraban al futuro, mientras que en su enseñanza a orillas del Jordán constituyen la introducción inmediata en la nueva realidad mesiánica. Juan no es solamente un profeta sino también un mensajero, es el precursor de Cristo. Lo que Juan anuncia se realiza a la vista de todos. Jesús de Nazaret va al Jordán para recibir también el bautismo de penitencia. Al ver que llega, Juan proclama: "He ahí el Cordero de Dios, que quita el pecado de mundo" (66). Dice esto por inspiración del Espíritu Santo (67), atestiguando el cumplimiento de la profecía de Isaías. Al mismo tiempo confiesa la fe en la misión redentora de Jesús de Nazaret. "Cordero de Dios" en boca de Juan Bautista es una expresión de la verdad sobre el Redentor, no menos significativa de la usada por Isaías: "Siervo del Señor".

Así, por el testimonio de Juan en el Jordán, Jesús de Nazaret, rechazado por sus conciudadanos, es elevado ante Israel como Mesías, es decir "Ungido" con el Espíritu Santo. Y este testimonio es corroborado por otro testimonio de orden superior mencionado por los Sinópticos. En efecto, cuando todo el pueblo fue bautizado y mientras Jesús después de recibir el bautismo estaba en oración, "se abrió el cielo y bajó sobre él el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma" (68) y al mismo tiempo "vinó una voz del cielo: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco" (69).

Es una teofanía trinitaria que atestigua la exaltación de Cristo con ocasión del bautismo en el Jordán, la cual no sólo confirma el testimonio de Juan Bautista, sino que descubre una dimensión todavía más profunda de la verdad sobre Jesús de Nazaret como Mesías. El Mesías es el Hijo predilecto del Padre. Su exaltación solemne no se reduce a la misión mesiánica del "Siervo del Señor". A la luz de la teofanía del Jordán, esta exaltación alcanza el misterio de la Persona misma del Mesías. El es exaltado porque es el Hijo de la divina complacencia. La voz de lo alto dice: "mi Hijo".

20. La teofanía del Jordán ilumina sólo fugazmente el misterio de Jesús de Nazaret cuya actividad entera se desarrollará bajo la presencia viva del Espíritu Santo (70). Este misterio habría sido manifestado por Jesús mismo y confirmado gradualmente a través de todo lo que "hizo y enseñó" (71). En la línea de esta enseñanza y de los signos mesiánicos que Jesús hizo antes de llegar al discurso de despedida

65) Lc 3, 16; cf. Mt 3, 11; Mc 1, 7 s.; Jn 1, 33.

66) Jn 1, 29.

67) Cf. Jn 1, 33 s.

68) Lc 3, 31 s.; cf. Mt 3, 16; Mc 1, 10.

69) Mt 3, 17.

70) Cf. S. Basilio, *De Spiritu Sancto*, XVI, 39: PG 32, 139.

71) Act 1, 1.

en el Cenáculo, encontramos unos acontecimientos y palabras que constituyen momentos particularmente importantes de esta progresiva revelación. Así el evangelista Lucas, que ya ha presentado a Jesús "lleno de Espíritu Santo" y "conducido por el Espíritu en el desierto" (72), nos hace saber que, después del regreso de los setenta y dos discípulos de la misión confiada por el Maestro (73), mientras llenos de gozo narraban los frutos de su trabajo, "en aquel momento, se llenó de gozo de Jesús en el Espíritu Santo y dijo: 'Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes y se las has revelado a pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito'" (74). Jesús se alegra por la paternidad divina, se alegra porque le ha sido posible revelar esta paternidad; se alegra, finalmente, por la especial irradiación de esta paternidad divina sobre los "pequeños". Y el evangelista califica todo esto como "gozo en el Espíritu Santo".

Este "gozo", en cierto modo, impulsa a Jesús a decir todavía: "Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; y quién es el Padre sino el Hijo, y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar" (75).

21. Lo que durante la teofanía del Jordán vino en cierto modo "desde fuera", desde lo alto, aquí proviene "desde dentro", es decir, desde la profundidad de lo que es Jesús. Es otra revelación del Padre y del Hijo, unidos en el Espíritu Santo. Jesús habla solamente de la paternidad de Dios y de su propia filiación; no habla directamente del Espíritu que es amor y, por tanto, unión del Padre y del Hijo. Sin embargo, lo que dice del Padre y de sí como Hijo brota de la plenitud del Espíritu que está en El y que se derrama en su corazón, penetra su mismo "yo", inspira y vivifica profundamente su acción. De ahí aquel "gozarse en el Espíritu Santo". La unión de Cristo con el Espíritu Santo, de la que tiene perfecta conciencia, se expresa en aquel "gozo", que en cierto modo hace "perceptible" su fuente arcana. Se da así una particular manifestación y exaltación, que es propia del Hijo del hombre, de Cristo-Mesías, cuya humanidad pertenece a la persona del Hijo de Dios, substancialmente uno con el Espíritu Santo en la divinidad.

En la magnífica confesión de la paternidad de Dios, Jesús de Nazaret manifiesta también a sí mismo su "yo" divino; efectivamente, El es el Hijo "de la misma naturaleza", y por tanto "nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; y quién es el Padre sino el Hijo", aquel Hijo que "por nosotros los hombres y por nuestra salvación" se hizo hombre por obra del Espíritu Santo y nació de una Virgen, cuyo nombre era María.

6. Cristo resucitado dice: "Recibid el Espíritu Santo"

22. Gracias a su narración Lucas nos acerca a la verdad contenida en el discurso del Cenáculo. Jesús de Nazaret, "elevado" por el Espíritu Santo, durante este discurso-coloquio, se manifiesta como el que "trae" el Espíritu, como el que debe llevarlo y "darlo" a los Apóstoles y a la Iglesia a costa de su "partida" a través de la cruz.

El verbo "traer" aquí quiere decir ante todo, "revelar". En el Antiguo Testamento, desde el libro del Génesis, el espíritu de Dios fue de alguna manera dado

72) Cf. Lc 4, 1.

73) Cf. Lc 10, 17-20.

74) Lc 10, 21; cf. Mt 11, 25 s.

75) Lc 10, 22; cf. Mt 11, 27.

a conocer primero como "soplo" de Dios que da vida, como "soplo vital" sobrenatural. En el libro de Isaías es presentado como un "don" para la persona del Mesías, como el que se posa sobre El, para guiar interiormente toda su actividad salvífica. Junto al Jordán, el anuncio de Isaías ha tomado una forma concreta: Jesús de Nazaret es el que viene por el Espíritu Santo y lo trae como don propio de su misma persona, para comunicarlo a través de su humanidad: "El os bautizará en Espíritu Santo" (76). En el Evangelio de Lucas se encuentra confirmada y enriquecida esta revelación del Espíritu Santo, como fuente íntima de la vida y acción mesiánica de Jesucristo.

A la luz de lo que Jesús dice en el discurso del Cenáculo, el Espíritu Santo es revelado de una manera nueva y más plena. Es no sólo el don a la persona (a la persona del Mesías), sino que es una Persona-don. Jesús anuncia su venida como la de "otro Paráclito", el cual, siendo el Espíritu de la verdad, guiará a los Apóstoles y a la Iglesia "hacia la verdad completa" (77). Esto se realizará en virtud de la especial comunión entre el Espíritu Santo y Cristo: "Recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros" (78). Esta comunión tiene su fuente primaria en el Padre: "Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso os he dicho: que recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros" (79). Procediendo del Padre, el Espíritu Santo es enviado por el Padre (80). El Espíritu Santo ha sido enviado antes como don para el Hijo que se ha hecho hombre, para cumplir las profecías mesiánicas. Según el texto joánico, después de la "partida" de Cristo-Hijo, el Espíritu Santo "vendrá" directamente —es su nueva misión— a completar la obra del Hijo. Así llevará a término la nueva era de la historia de la salvación.

23. Nos encontramos en el umbral de los acontecimientos pascales. La revelación nueva y definitiva del Espíritu Santo como Persona, que es el don, se realiza precisamente en este momento. Los acontecimientos pascales —pasión, muerte y resurrección de Cristo— son también el tiempo de la nueva venida del Espíritu Santo, como Paráclito y Espíritu de la verdad. Son el tiempo del "nuevo inicio" de la comunicación de Dios uno y trino a la humanidad en el Espíritu Santo, por obra de Cristo Redentor. Este nuevo inicio es la redención del mundo: "Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único" (81). Ya en el "dar" el Hijo, en este don del Hijo, se expresa la esencia más profunda de Dios, el cual, como Amor, es la fuente inagotable de esta dádiva. En el don hecho por el Hijo se completan la revelación y la dádiva del amor eterno: el Espíritu Santo, que en la inescrutable profundidad de la divinidad es una Persona-don, por obra del Hijo, es decir, mediante el misterio pascal, es dado de un modo nuevo a los Apóstoles y a la Iglesia y, por medio de ellos, a la humanidad y al mundo entero.

24. La expresión definitiva de este misterio tiene lugar el día de la Resurrección. Este día, Jesús de Nazaret, "nacido del linaje de David", como escribe el Apóstol Pablo es "constituido Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por su resurrección de entre los muertos" (82). Puede decirse, por consiguiente, que la "elevación" mesiánica de Cristo por el Espíritu Santo alcanza su culmen en la Resurrección, en la cual se revela también como Hijo de Dios, "lleno de poder". Y este

76) Mt 3, 11; Lc 3, 16.

77) Jn 16, 13.

78) Jn 16, 14.

79) Jn 16, 15.

80) Cf. Jn 14, 26; 15, 26.

81) Jn 3, 16.

82) Rom 1, 3 s.

poder, cuyas fuentes brotan de la inescrutable comunión trinitaria, se manifiesta ante todo en el hecho de que Cristo resucitado, si por una parte realiza la promesa de Dios expresada ya por boca del Profeta: "Os daré un corazón nuevo, infundiré en vosotros un espíritu nuevo, ... mi espíritu" (83), por otra cumple su misma promesa hecha a los Apóstoles con las palabras: "Si me voy, os lo enviaré" (84). Es él: el Espíritu de la verdad, el Paráclito enviado por Cristo resucitado para transformarnos en su misma imagen de resucitado (85).

"Al atardecer de aquel primer día de la semana, estando cerradas, por miedo a los judíos, las puertas del lugar donde se encontraban los discípulos, se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: 'La paz con vosotros'. Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron de ver al Señor. Jesús repitió: 'La paz con vosotros'.

Como el Padre me envió, también yo os envío'.

Dicho esto, soplo sobre ellos y les dijo: 'Recibid el Espíritu Santo' " (86).

Todos los detalles de este texto-clave del Evangelio de Juan tienen su elocuencia, especialmente si los releemos con referencia a las palabras pronunciadas en el mismo Cenáculo al comienzo de los acontecimientos pascuales. Tales acontecimientos —el triduo sacro de Jesús, que el Padre ha consagrado con la unción y enviado al mundo— alcanzan ya su cumplimiento. Cristo, que "había entregado el espíritu en la cruz" (87) como Hijo del hombre y Cordero de Dios, una vez resucitado va donde los Apóstoles para "soplar sobre ellos" con el poder del que habla la *Carta a los Romanos* (88). La venida del Señor llena de gozo a los presentes: "Su tristeza se convierte en gozo" (89), como ya había prometido antes de su pasión. Y sobre todo se verifica el principal anuncio del discurso de despedida: Cristo resucitado, como si preparara una nueva creación, "trae" el Espíritu Santo a los Apóstoles. Lo trae a costa de su "partida"; les da este Espíritu como a través de las heridas de su crucifixión: "les mostró las manos y el costado". En virtud de esta crucifixión les dice: "Recibid el Espíritu Santo".

Se establece así una relación profunda entre el envío del Hijo y el del Espíritu Santo. No se da el envío del Espíritu Santo (después del pecado original) sin la cruz y la resurrección: "Si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito" (90). Se establece también una relación íntima entre la misión del Espíritu Santo y la del Hijo en la Redención. La misión del Hijo, en cierto modo, encuentra su "cumplimiento" en la Redención: "Recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros" (91). La Redención es realizada totalmente por el Hijo, el Ungido, que ha venido y actuado con el poder del Espíritu Santo, ofreciéndose finalmente en sacrificio supremo sobre el madero de la cruz. Y esta Redención, al mismo tiempo es realizada constantemente en los corazones y en las conciencias humanas —en la historia del mundo— por el Espíritu Santo, que es el "otro Paráclito"

83) Ez 36, 26 s.; Jn 7, 37-39; 19, 34.

84) Jn 16, 7.

85) Cf. S. Cirilo de Alejandría, *In Iohannis Evangelium*, lib. V, cap. II: PG 73, 755.

86) Jn 20, 19-22.

87) Cf. Jn 19, 30.

88) Cf. Rom 1, 4.

89) Cf. Jn 16, 20.

90) Jn 16, 7.

91) Jn 16, 15.

7. El Espíritu Santo y la era de la Iglesia

25. "Consumada la obra que el Padre encomendó realizar al Hijo sobre la tierra (cf. Jn 17, 4) fue enviado el Espíritu Santo el día de Pentecostés a fin de santificar indefinidamente a la Iglesia y para que de este modo los fieles tengan acceso al Padre por medio de Cristo en un mismo Espíritu (cf. Ef 2, 18). El es el Espíritu de vida o la fuente de agua que salta hasta la vida eterna (cf. Jn 4, 14; 7, 38-39), por quien el Padre vivifica a los hombres, muertos por el pecado, hasta que resucite sus cuerpos mortales en Cristo (cf. Rom 8, 10-11)" (92).

De este modo el Concilio Vaticano II habla del nacimiento de la Iglesia el día de Pentecostés. Tal acontecimiento constituye la manifestación definitiva de lo que se había realizado en el mismo Cenáculo el domingo de Pascua. Cristo resucitado vino y "trajo" a los Apóstoles el Espíritu Santo. Se lo dio diciendo: "Recibid el Espíritu Santo". Lo que había sucedido entonces en el interior del Cenáculo, "estando las puertas cerradas", más tarde, el día de Pentecostés es manifestado también al exterior, ante los hombres. Se abren las puertas del Cenáculo y los Apóstoles se dirigen a los habitantes y a los peregrinos venidos a Jerusalén con ocasión de la fiesta, para dar testimonio de Cristo por el poder del Espíritu Santo. De este modo se cumple el anuncio: "El dará testimonio de mí. Pero también vosotros daréis testimonio, porque estáis conmigo desde el principio" (93).

Leemos en otro documento del Vaticano II: "El Espíritu Santo obraba ya, sin duda, en el mundo antes de que Cristo fuera glorificado. Sin embargo, el día de Pentecostés, descendió sobre los discípulos para permanecer con ellos para siempre; la Iglesia se manifestó públicamente ante la multitud; comenzó la difusión del Evangelio por la predicación entre los paganos" (94).

La era de la Iglesia empezó con la "venida", es decir, con la bajada del Espíritu Santo sobre los Apóstoles reunidos en el Cenáculo de Jerusalén junto con María, la Madre del Señor (95). Dicha era empezó en el momento en que las promesas y las profecías, que explícitamente se referían al Paráclito, el Espíritu de la verdad, comenzaron a verificarse con toda su fuerza y evidencia sobre los Apóstoles, determinando así el nacimiento de la Iglesia. De esto hablan ampliamente y en muchos pasajes los *Hechos de los Apóstoles* de los cuales resulta que, según la conciencia de la primera comunidad, cuyas convicciones expresa Lucas, el Espíritu Santo asumió la guía invisible —pero en cierto modo "perceptible"— de quienes, después de la partida del Señor Jesús, sentían profundamente que habían quedado huérfanos. Estos, con la venida del Espíritu Santo, se sintieron idóneos para realizar la misión que se les había confiado. Se sintieron llenos de fortaleza. Precisamente esto obró en ellos el Espíritu Santo, y lo sigue obrando continuamente en la Iglesia, mediante sus sucesores. Pues la gracia del Espíritu Santo, que los Apóstoles dieron a sus colaboradores con la imposición de las manos, sigue siendo transmitida en la ordenación episcopal. Luego los obispos, con el sacramento del Orden hacen partícipes de este don espiritual a los ministros sagrados y proveen a que, mediante el sacramento de la confirmación, sean corroborados por él todos los renacidos por el agua y por el Espíritu; así, en cierto modo, se perpetúa en la Iglesia la gracia de Pentecostés.

92) Conc. Eum. Vati. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 4.

93) Jn 15, 26s.

94) Decreto *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, 4.

95) Cf. Act 1, 14.

Como escribe el Concilio, "el Espíritu habita en la Iglesia y en el corazón de los fieles como en un templo (cf. 1 Cor 3, 16; 6, 19), y en ellos ora y da testimonio de su adopción como hijos (cf. Gál 4, 6; Rom 8, 15-16. 26). Guía a la Iglesia a toda la verdad (cf. Jn 16, 13), la unifica en comunión y ministerio, la provee y gobierna con diversos dones jerárquicos y carismáticos y la embellece con sus frutos (cf. Ef 4, 11-12; 1 Cor 12, 4; Gál 5, 22) con la fuerza del Evangelio rejuvenece la Iglesia, la renueva incesantemente y la conduce a la unión consumada con su Esposo" (96).

26. Los pasajes citados por la Constitución Conciliar *Lumen gentium* nos indican que, con la venida del Espíritu Santo, empezó la era de la Iglesia. Nos indican también que esta era, la era de la Iglesia, perdura a través de los siglos y las generaciones. En nuestro siglo en el que la humanidad se está acercando al final del segundo milenio después de Cristo, esta "era de la Iglesia", se ha manifestado de manera especial por medio del Concilio Vaticano II, como Concilio de nuestro siglo. En efecto, se sabe que éste ha sido especialmente un Concilio "eclesiológico", un Concilio sobre el tema de la Iglesia.

Al mismo tiempo, la enseñanza de este Concilio es esencialmente "pneumatológica", impregnada por la verdad sobre el Espíritu Santo, como alma de la Iglesia. Podemos decir que el Concilio Vaticano II en su rico magisterio contiene propiamente todo lo "que el Espíritu dice a las Iglesias" (97) en la fase presente de la historia de la salvación.

Siguiendo la guía del Espíritu de la verdad y dando testimonio junto con El, el Concilio ha dado una especial ratificación de la presencia del Espíritu Santo Paráclito. En cierto modo, lo ha hecho nuevamente "presente" en nuestra difícil época. A la luz de esta convicción se comprende mejor la gran importancia de todas las iniciativas que miran a la realización del Vaticano II, de su magisterio y de su orientación pastoral y ecuménica. En este sentido deben ser también consideradas y valoradas las sucesivas Asambleas del Sínodo de los Obispos, que tratan de hacer que los frutos de la verdad y del amor —auténticos frutos del Espíritu Santo— sean un bien duradero del Pueblo de Dios en su peregrinación terrena en el curso de los siglos. Es indispensable este trabajo de la Iglesia orientado a la verificación y consolidación de los frutos salvíficos del Espíritu, otorgados en el Concilio. A este respecto conviene saber "discernirlos" atentamente de todo lo que en cambio puede provenir sobre todo del "Príncipe de este mundo" (98). Este discernimiento es tanto más necesario en la realización de la obra del Concilio ya que se ha abierto ampliamente al mundo actual, como aparece claramente en las importantes Constituciones conciliares *Gaudium et spes* y *Lumen gentium*.

96) Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 4. Existe toda una tradición patrística y teológica sobre la unión íntima entre el Espíritu Santo y la Iglesia, unión presentada a veces de modo análogo a la relación entre alma y cuerpo en el hombre: cf. S. Ireneo, *Adversus haereses*, III, 24, 1: SC 211, págs. 470-474; S. Agustín, *Sermo* 267, 4, 4; PL 38, 1231; *Sermo* 268, 2: PL 38, 1232; In *Iohannis Evangelium tractatus*, XXV, 13; XXVII, 6: CCL 36, 266, 272 s.; S. Gregorio Magno, In *septem psalmos poenitentiales expositio*, psal. V, 1: PL 79, 602; Dídimo Alejandrino, *De Trinitate*, II, 1: PG 39, 449 s.; S. Atanasio, *Oratio III contra Arianos*, 22, 23, 24; PG 26, 368 s., 372 s.; S. Juan Crisóstomo, In *Epistolam ad Ephesios*, Homil. IX, 3: PG 62, 72 s. Santo Tomás de Aquino ha sintetizado la precedente tradición patrística y teológica, al presentar al Espíritu Santo como el "corazón" y el "alma" de la Iglesia: cf. *Summa Theol.*, III, q. 8, a. 1, ad 3; In *symbolum Apostolorum Expositio*, a. IX; In *Tertium Librum Sententiarum*, Dist. XIII q. 2, a. 2, quaestiuicula 3.

97) Cf. Ap 2, 29; 3, 6. 13. 22.

98) Cf. Jn 12, 31; 14, 30; 16, 11.

Leemos en la Constitución pastoral: "La comunidad cristiana (de los discípulos de Cristo) está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el reino del Padre y han recibido la Buena Nueva de la salvación para comunicarla a todos. La Iglesia por ello se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia" (99). "Bien sabe la Iglesia que sólo Dios, al que ella sirve, responde a las aspiraciones más profundas del corazón humano, el cual nunca se sacia plenamente con solos los elementos terrenos" (100). "El Espíritu de Dios... con admirable providencia guía el curso de los tiempos y renueva la faz de la tierra" (101).

II PARTE

EL ESPÍRITU QUE CONVENCE AL MUNDO EN LO REFERENTE AL PECADO

1. Pecado, justicia y juicio

27. Cuando Jesús, durante el discurso del Cenáculo, anuncia la venida del Espíritu Santo "a costa" de su partida y promete: "Si me voy, os lo enviaré", precisamente en el mismo contexto añade: "Y cuando El venga, convencerá al mundo en lo referente al pecado, en lo referente a la justicia y en lo referente al juicio" (102). El mismo Paráclito y Espíritu de la verdad, —que ha sido prometido como el que "enseñará" y "recordará", que "dará testimonio", que "guiará hasta la verdad completa"—, con las palabras citadas ahora es anunciado como el que "convencerá al mundo en lo referente al pecado, en lo referente a la justicia y en lo referente al juicio".

Significativo parece también el contexto. Jesús relaciona este anuncio del Espíritu Santo con las palabras que indican su propia "partida" a través de la cruz, e incluso subraya su necesidad: "Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito" (103).

Pero lo más interesante es la explicación que Jesús añade a estas palabras: pecado, justicia, juicio. Dice en efecto: "El convencerá al mundo en lo referente al pecado, en lo referente a la justicia y en lo referente al juicio; en lo referente al pecado, porque no creen en mí; en lo referente a la justicia, porque me voy al Padre, y ya no me veréis; en lo referente al juicio, porque el Príncipe de este mundo está juzgado" (104).

En el pensamiento de Jesús el pecado, la justicia y el juicio tienen un sentido muy preciso, distinto del que quizás alguno sería propenso a atribuir a estas palabras, independientemente de la explicación de quien habla. Esta explicación indica también cómo conviene entender aquel "convencer al mundo", que es propio de la acción del Espíritu Santo. Aquí es importante tanto el significado de cada palabra, como el hecho de que Jesús las haya unido entre sí en la misma frase.

99) *Gaudium et spes*, 1.

100) *Ib.*, 41.

101) *Ib.*, 26.

102) Jn 16, 7 s.

103) Jn 16, 7.

104) Jn 16, 8-11.

En este pasaje "el pecado", significa la incredulidad que Jesús encontró entre los "suyos", empezando por sus conciudadanos de Nazaret. Significa el rechazo de su misión que llevará a los hombres a condenarlo a muerte. Cuando seguidamente habla de "la justicia", Jesús parece que piensa en la justicia definitiva, que el Padre le dará rodeándolo con la gloria de la resurrección y de la ascensión al cielo: "Voy al Padre". A su vez, en el contexto del "pecado" y de la "justicia" entendidos así, "el juicio" significa que el Espíritu de la verdad demostrará la culpa del "mundo" en la condena de Jesús a la muerte en cruz. Sin embargo, Cristo no vino al mundo sólo para juzgarlo y condenarlo: *El vino para salvarlo* (105). El convencer en lo referente al pecado y a la justicia tiene como finalidad la salvación del mundo y la salvación de los hombres. Precisamente esta verdad parece estar subrayada por la afirmación de que "el juicio" se refiere solamente al "Príncipe de este mundo", es decir, Satanás, el cual desde el principio explota la obra de la creación contra la salvación, contra la alianza y la unión del hombre con Dios: él está "ya juzgado" desde el principio. Si el Espíritu Paráclito debe convencer al mundo precisamente en lo referente al juicio, es para continuar en él la obra salvífica de Cristo.

28. Queremos concentrar ahora nuestra atención principalmente sobre esta misión del Espíritu Santo, que consiste en "convencer al mundo en lo referente al pecado"; pero respetando al mismo tiempo el contexto de las palabras de Jesús en el Cenáculo. El Espíritu Santo, que recibe del Hijo la obra de la Redención del mundo, recibe con ello mismo la tarea del salvífico "convencer en lo referente al pecado". Este convencer se refiere constantemente a la "justicia", es decir, a la salvación definitiva en Dios, al cumplimiento de la economía que tiene como centro a Cristo crucificado y glorificado. Y esta economía salvífica de Dios sustrae, en cierto modo, al hombre del "juicio, o sea de la condenación" con la que ha sido castigado el pecado de Satanás, "Príncipe de este mundo", quien por razón de su pecado se ha convertido en "dominador de este mundo tenebroso" (106). Y he aquí que, mediante esta referencia al "juicio", se abren amplios horizontes para la comprensión del "pecado" así como de la "justicia". El Espíritu Santo, al mostrar en el marco de la cruz de Cristo "el pecado" en la economía de la salvación (podría decirse "el pecado salvado"), hace comprender que su misión es la de "convencer" también en lo referente al pecado que ya ha sido juzgado definitivamente ("el pecado condenado").

Todas las palabras, pronunciadas por el Redentor en el Cenáculo la víspera de su pasión, se inscriben en la era de la Iglesia: ante todo, las dichas sobre el Espíritu Santo como Paráclito y Espíritu de la verdad. Estas se inscriben en ella de un modo siempre nuevo a lo largo de cada generación y de cada época. Esto ha sido confirmado, respecto a nuestro siglo, por el conjunto de las enseñanzas del Concilio Vaticano II, especialmente en la *Constitución pastoral "Gaudium et spes"*. Muchos pasajes de este documento señalan con claridad que el Concilio, abriéndose a la luz del Espíritu de la verdad, se presenta como el auténtico depositario de los anuncios y de las promesas hechas por Cristo a los Apóstoles y a la Iglesia en el discurso de despedida de modo particular, del anuncio según el cual el Espíritu Santo debe "convencer al mundo en lo referente al pecado, en lo referente a la justicia y en lo referente al juicio".

105) Cf. Jn 3, 17; 12, 47.

106) Cf. Ef 6, 12.

Esto lo señala ya el texto en el que el Concilio explica cómo entiende el "mundo": "Tiene, pues, ante sí la Iglesia (el Concilio mismo) al mundo, esto es a la entera familia humana con el conjunto universal de las realidades entre las que ésta vive; el mundo, teatro de la historia humana, con sus afanes, fracasos y victorias; el mundo, que los cristianos creen fundado y conservado por el amor del Creador, esclavizado bajo la servidumbre del pecado, pero liberado por Cristo, crucificado y resucitado, roto el poder del demonio, para que el mundo se transforme según el propósito divino y llegue a su consumación" (107). Respecto a este texto tan sintético es necesario leer en la misma Constitución otros pasajes que tratan de mostrar con todo el realismo de la fe la situación del pecado en el mundo contemporáneo y explicar también su esencia partiendo de diversos puntos de vista (108).

Cuando Jesús, la víspera de Pascua, habla del Espíritu Santo, que "convencerá al mundo en lo referente al pecado", por un lado se debe dar a esta afirmación el alcance más amplio posible, porque comprende el conjunto de los pecados en la historia de la humanidad. Por otro lado, sin embargo, cuando Jesús explica que este pecado consiste en el hecho de que "no creen en él", este alcance parece reducirse a los que rechazaron la misión mesiánica del Hijo del Hombre, condenándole a la muerte de cruz. Pero es difícil no advertir que este aspecto más "reducido" e históricamente preciso del significado del pecado se extiende hasta asumir un alcance universal por la universalidad de la Redención, que se ha realizado por medio de la cruz. La revelación del misterio de la Redención abre el camino a una comprensión en la que cada pecado, realizado en cualquier lugar y momento, hace referencia a la cruz de Cristo y, por tanto, indirectamente también al pecado de quienes "no han creído en él", condenando a Jesucristo a la muerte de cruz.

Desde este punto de vista es conveniente volver al acontecimiento de Pentecostés.

2. El testimonio del día de Pentecostés

30. El día de Pentecostés encontraron su más exacta y directa confirmación los anuncios de Cristo en el discurso de despedida y, en particular, el anuncio del que estamos tratando: "El Paráclito... convencerá al mundo en lo referente al pecado". Aquél día, sobre los Apóstoles recogidos en oración junto a María, Madre de Jesús, bajó el Espíritu Santo prometido, como leemos en los *Hechos de los Apóstoles*: "Quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse" (109), "volviendo a conducir de este modo a la unidad de las razas dispersas, ofreciendo al Padre las primicias de todas las naciones" (110).

Es evidente la relación entre este acontecimiento y el anuncio de Cristo. En él descubrimos el primero y fundamental cumplimiento de la promesa del Paráclito. Este viene, enviado por el Padre, "después" de la partida de Cristo, como "precio" de ella. Esta es primero una partida a través de la muerte de cruz, y luego, cuarenta días después de la resurrección, con su ascensión al Cielo. Aún en el momento de la ascensión Jesús mandó a los Apóstoles "que no se ausentasen de Jerusalén, sino que aguardasen la Promesa del Padre"; "seréis bautizados en el Espíritu Santo den-

107) Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 2.

108) Cf. *ib.*, 10, 13, 27, 37, 63, 73, 79, 80.

109) Act 2, 4.

110) Cf. S. Ireneo, *Adversus haereses*, III, 17, 2; SC 211, págs. 330-332.

tro de pocos días"; "recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra" (111).

Estas palabras últimas encierran un eco o un recuerdo del anuncio hecho en el Cenáculo. Y el día de Pentecostés este anuncio se cumple fielmente. Actuando bajo el influjo del Espíritu Santo, recibido por los Apóstoles durante la oración en el Cenáculo, ante una muchedumbre de diversas lenguas congregadas para la fiesta, Pedro se presenta y habla. Proclama lo que ciertamente *no habría tenido el valor de decir anteriormente*: "Israelitas... Jesús de Nazaret, hombre acreditado por Dios entre vosotros con milagros, prodigios y señales que Dios hizo por su medio entre vosotros... a éste, que fue entregado según el determinado designio y previo conocimiento de Dios, vosotros lo matasteis clavándole en la cruz por mano de los impíos; a éste, pues, Dios lo resucitó librándole de los dolores de la muerte, pues no era posible que quedase bajo su dominio" (112).

Jesús había anunciado y prometido: "El dará testimonio de mí... pero también vosotros daréis testimonio". En el primer discurso de Pedro en Jerusalén este "testimonio" encuentra su claro comienzo: es el testimonio sobre Cristo crucificado y resucitado. El testimonio del Espíritu Paráclito y de los Apóstoles. Y en el contenido mismo de aquel primer testimonio, el Espíritu de la verdad por boca de Pedro "convence al mundo en lo referente al pecado": ante todo, respecto al pecado que supone el rechazo de Cristo hasta la condena a muerte y hasta la cruz en el Gólgota. Proclamaciones de contenido similar se repetirán, según el libro de los *Hechos de los Apóstoles*, en otras ocasiones y en distintos lugares (113).

31. Desde este testimonio inicial de Pentecostés, la acción del Espíritu de la verdad, que "convence al mundo en lo referente al pecado" del rechazo de Cristo, está vinculada de manera inseparable al testimonio del misterio pascual: *misterio de Crucificado y Resucitado*. En esta vinculación el mismo "convencer en lo referente al pecado" manifiesta la propia dimensión salvífica. En efecto, es un "convencimiento" que no tiene como finalidad la mera acusación del mundo, ni mucho menos su condena. Jesucristo no ha venido al mundo para juzgarlo y condenarlo, sino para salvarlo (114). Esto está ya subrayado en este primer discurso cuando Pedro exclama: "Sepa, pues, con certeza, toda la casa de Israel que Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado" (115). Y a continuación, cuando los presentes preguntan a Pedro y a los demás Apóstoles: "¿Qué hemos de hacer, hermanos?", él les responde: "Convertíos y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para remisión de vuestros pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo" (116).

De este modo el "convencer en lo referente al pecado" llega a ser a la vez un convencer sobre la remisión de los pecados, por virtud del Espíritu Santo. Pedro en su discurso de Jerusalén exhorta a la conversión, como Jesús exhortaba a sus oyentes al comienzo de su actividad mesiánica (117). La conversión exige la *convicción del pecado*, contiene en sí el juicio interior de la conciencia, y éste, siendo una verificación de la acción del Espíritu de la verdad en la intimidad del hombre, llega a ser al

111) Act 1, 4. 5. 8.

112) Act 2, 22-24.

113) Cf. Act 3, 14 s.; 4, 10. 27 s.; 7, 52; 10, 39; 13, 28 s., etc.

114) Cf. Jn 3, 17; 12, 47.

115) Act 2, 36.

116) Act 2, 37 s.

117) Cf. Mc 1, 15.

mismo tiempo el nuevo comienzo de la dádiva de la gracia y del amor: "Recibid el Espíritu Santo" (118). Así pues en este "convencer en lo referente al pecado" descubrimos una *doble dádiva*: el don de la verdad de la conciencia y el don de la certeza de la redención. El Espíritu de la verdad es el Paráclito.

El convencer en lo referente al pecado, mediante el ministerio de la predicación apostólica en la Iglesia naciente, es *relacionado* —bajo el impulso del Espíritu derramado en Pentecostés— con el *poder redentor* de Cristo crucificado y resucitado. De este modo se cumple la promesa referente al Espíritu Santo hecha antes de Pascua: "recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros". Por tanto, cuando Pedro, durante el acontecimiento de Pentecostés, habla del *pecado de aquellos que "no creyeron"* (119) y entregaron a una muerte ignominiosa a Jesús de Nazaret, da testimonio de la victoria sobre el pecado; victoria que se ha alcanzado, en cierto modo, mediante el mayor pecado que el hombre podía cometer: *la muerte de Jesús, Hijo de Dios, consubstancial al Padre*. De modo parecido, la muerte del Hijo de Dios vence la muerte humana: "Seré tu muerte, oh muerte" (120), como el pecado de haber crucificado al Hijo de Dios "vence" el *pecado humano*. Aquel pecado que se consumió el día de Viernes Santo en Jerusalén y también cada pecado del hombre. Pues, al mayor pecado del hombre corresponde, en el corazón del Redentor, la *oblación del amor supremo*, que supera el mal de todos los pecados de los hombres. En base a esta creencia, la Iglesia en la liturgia romana no duda en repetir cada año, en el transcurso de la vigilia Pascual, "*Oh feliz culpa*", en el anuncio de la resurrección hecho por el diácono con el canto del "*Exsultet*".

32. Sin embargo, de esa verdad inefable nadie puede "*convencer al mundo*", al hombre y a la conciencia humana, *si no es el Espíritu de la verdad*. El es el Espíritu que "sondea hasta las profundidades de Dios" (121). Ante el misterio del pecado se deben sondear *totalmente* "las profundidades de Dios". No basta sondear la conciencia humana, como misterio íntimo del hombre, sino que se debe penetrar en el misterio íntimo de Dios, en aquellas "profundidades de Dios" que se resumen en la síntesis: *al Padre*, en el Hijo, por medio del Espíritu Santo. Es precisamente el Espíritu Santo que las "sondea" y de ellas saca la *respuesta de Dios* al pecado del hombre. Con esta respuesta se cierra el procedimiento de "convencer en lo referente al pecado", como pone en evidencia el acontecimiento de Pentecostés.

Al convencer al "mundo" del pecado del Gólgota —la muerte del Cordero inocente—, como sucede el día de Pentecostés, el Espíritu Santo convence también de todo pecado cometido en cualquier lugar y momento de la historia del hombre, *pues demuestra su relación con la cruz de Cristo*. El "convencer" es la demostración del mal del pecado, de todo pecado, en relación con la cruz de Cristo. El pecado, presentado en esta relación, *es reconocido en la dimensión completa del mal*, que le es característica por el "misterio de la impiedad" (122) que contiene y encierra en sí. El hombre no conoce esta dimensión, —no la conoce absolutamente— fuera de la cruz de Cristo. Por consiguiente, no puede ser "convencido" de ello si no es *por el Espíritu Santo*: Espíritu de la verdad y, a la vez, Paráclito.

En efecto, el pecado, puesto en relación con la cruz de Cristo, al mismo tiempo *es identificado por la plena dimensión del "misterio de la piedad"* (123), como ha

118) Jn 20, 22.

119) Cf. Jn 16, 9.

120) Os 13, 14 Vg; cf. 1 Cor 15, 55.

121) Cf. 1 Cor 2, 10.

122) Cf. 2 Tes 2, 7.

123) Cf. 1 Tim 3, 16.

señalado la Exhortación Apostólica postsinodal "*Reconciliatio et paenitentia*" (124). El hombre tampoco conoce absolutamente esta dimensión del pecado fuera de la cruz de Cristo. Y tampoco puede ser "convencido" de ella si no es por el *Espíritu Santo*: por el cual sondea las profundidades de Dios.

3. El testimonio del principio: la realidad originaria del pecado

33. Es la dimensión del pecado que encontramos en el testimonio del principio, recogido en el libro del *Génesis* (125). Es el pecado que, según la Palabra de Dios revelada, constituye el principio y la raíz de todos los demás. Nos encontramos ante la realidad originaria del pecado en la historia del hombre y, a la vez, en el conjunto de la economía de la salvación. Se puede decir que en este pecado comienza el misterio de la piedad, pero que también éste es el pecado respecto al cual el poder redentor del misterio de la piedad llega a ser particularmente transparente y eficaz. Esto lo expresa San Pablo, cuando a la "desobediencia" del primer Adán contraponen la "obediencia" de Cristo, segundo Adán: "La obediencia hasta la muerte" (126).

Según el testimonio del principio, el pecado en su realidad originaria se dio en la voluntad —y en la conciencia— del hombre, ante todo, como "desobediencia", es decir, como oposición de la voluntad del hombre a la voluntad de Dios. Esta desobediencia originaria presupone el rechazo o, por lo menos, el alejamiento de la verdad contenida en la Palabra de Dios, que crea el mundo. Esta Palabra es el mismo Verbo, que "en el principio estaba en Dios" y que "era Dios" y sin él "no se hizo nada de cuanto existe", porque "el mundo fue hecho por él" (127). El Verbo es también ley eterna, fuente de toda ley, que regula el mundo y, de modo especial, los actos humanos. Pues, cuando Jesús, la víspera de su pasión, habla del pecado de los que "no creen en él", en estas palabras suyas llenas de dolor encontramos como un eco lejano de aquel pecado, que en su forma originaria se inserta oscuramente en el misterio mismo de la creación. El que habla, pues, es no sólo el Hijo del hombre, sino que es también el "Primogénito de toda la creación", "en él fueron creadas todas las cosas... todo fue creado por él y para él" (128). A la luz de esta verdad se comprende que la "desobediencia", en el misterio del principio, presupone en cierto modo la misma "no-fe", aquel mismo "no creyeron" que volverá a repetirse ante el misterio pascual. Como hemos dicho ya, se trata del rechazo o, por lo menos, del alejamiento de la verdad contenida en la Palabra del Padre. El rechazo se expresa prácticamente como "desobediencia", en un acto realizado como efecto de la tentación, que proviene del "padre de la mentira" (129). Por tanto, en la raíz del pecado humano está la mentira como radical rechazo de la verdad contenida en el Verbo del Padre, mediante el cual se expresa la amorosa omnipotencia del Creador: la omnipotencia y a la vez el amor de Dios Padre, "creador del cielo y de la tierra".

34. El "*espíritu de Dios*", que según la descripción bíblica de la creación "aleteaba por encima de las aguas" (130), indica el mismo "*Espíritu* que sondea hasta las profundidades de Dios", sondea las profundidades del Padre y del Verbo-Hijo en el

misterio de la creación. No sólo es el testigo directo de su mutuo amor, del que deriva la creación, sino que El mismo es este amor. El mismo, como amor, es el eterno don increado. En El se encuentra la fuente y el principio de toda dádiva a las criaturas. El testimonio del principio, que encontramos en toda la revelación comenzando por el libro del *Génesis*, es unívoco al respecto. Crear quiere decir llamar a la existencia desde la nada; por tanto, crear quiere decir dar la existencia. Y si el mundo visible es creado para el hombre, por consiguiente el mundo es dado al hombre (131). Y contemporáneamente el mismo hombre en su propia humanidad recibe como don una especial "imagen y semejanza" de Dios. Esto significa no sólo racionalidad y libertad como propiedades constitutivas de la naturaleza humana, sino además, desde el principio, capacidad de una relación personal con Dios, como "yo" y "tú" y, por consiguiente, capacidad de alianza que tendrá lugar con la comunicación salvífica de Dios al hombre. En el marco de la "imagen y semejanza" de Dios, "el don del Espíritu" significa, finalmente, una llamada a la amistad, en la que, las trascendentales "profundidades de Dios" están abiertas, en cierto modo, a la participación del hombre. El Concilio Vaticano II enseña: "Dios invisible (cf. Col 1, 15; 1 Tim 1, 17) movido de amor, habla a los hombres como amigos, trata con ellos (cf. Bar 3, 38) para invitarlos y recibirlos en su compañía" (132).

35. Por consiguiente, el Espíritu, que "todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios", conoce desde el principio "lo íntimo del hombre" (133). Precisamente por esto sólo él puede plenamente "convencer en lo referente al pecado" que se dio en el principio, pecado que es la raíz de todos los demás y el foco de la pecaminosidad del hombre en la tierra, que no se apaga jamás. El Espíritu de la verdad conoce la realidad originaria del pecado, causado en la voluntad del hombre por obra del "padre de la mentira" —de aquél que ya "está juzgado"— (134). El Espíritu Santo convence, por tanto, al mundo en lo referente al pecado en relación a este "juicio", pero constantemente guiando hacia la "justicia" que ha sido revelada al hombre junto con la cruz de Cristo, mediante "la obediencia hasta la muerte" (135).

Sólo el Espíritu Santo puede convencer en lo referente al pecado del principio humano, precisamente el que es amor del Padre y del Hijo, el que es don, mientras el pecado del principio humano consiste en la mentira y en el rechazo del don y del amor que influyen definitivamente sobre el principio del mundo y del hombre.

36. Según el testimonio del principio, que encontramos en la Escritura y en la Tradición, después de la primera (y a la vez más completa) descripción del *Génesis*, el pecado en su forma originaria es entendido como "desobediencia", lo que significa simple y directamente transgresión de una prohibición puesta por Dios (136). Pero a la vista de todo el contexto es también evidente que las raíces de esta desobediencia deben buscarse profundamente en toda la situación real del hombre. Llamado a la existencia, el ser humano —hombre o mujer— es una criatura. La "imagen de Dios", que consiste en la racionalidad y en la libertad, demuestra la grandeza y la dignidad del sujeto humano, que es persona. Pero este sujeto personal es también una criatura: en su existencia y esencia depende del Creador. Según el *Génesis*, "el árbol de la ciencia del bien y del mal" debía expresar y constantemente recordar al hombre el

124) Cf. *Reconciliatio et paenitentia* (2 de diciembre de 1984), 19-22: AAS 77, 1985, págs. 228-233.

125) Cf. Gén 1-3.

126) Cf. Rom 5, 19; Flp 2, 8.

127) Cf. Jn 1, 1. 2. 3. 10.

128) Cf. Col 1, 15-18.

129) Cf. Jn 8, 44.

130) Cf. Gén 1, 2.

131) Cf. Gén 1, 26. 28. 29.

132) Const. dogm. *Dei Verbum*, sobre la divina revelación, 2.

133) Cf. 1 Cor 2, 10s.

134) Cf. Jn 16, 11.

135) Cf. Flp 2, 8.

136) Gén 2, 16s.

"límite" insuperable para un ser creado. En este sentido debe entenderse la prohibición de Dios: el Creador prohíbe al hombre y a la mujer que coman los frutos del árbol de la ciencia del bien y del mal. Las palabras de la instigación, es decir, de la tentación, como está formulada en el texto sagrado, inducen a transgredir esta prohibición, o sea a superar aquel "límite": "el día en que comiereis de él se os abrirán los ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal" (137).

La "desobediencia" significa precisamente pasar aquel límite que permanece insuperable a la voluntad y a la libertad del hombre como ser creado. Dios creador es, en efecto, la fuente única y definitiva del orden moral en el mundo creado por él. El hombre no puede decidir por sí mismo lo que es bueno y malo, no puede "conocer el bien y el mal como dioses". Sí, en el mundo creado Dios es la fuente primera y suprema para decidir sobre el bien y el mal, mediante la íntima verdad del ser, que es reflejo del Verbo, el eterno Hijo, consubstancial al Padre. Al hombre, creado a imagen de Dios, el Espíritu Santo da como don la conciencia, para que la imagen pueda reflejar fielmente en ella su modelo, que es sabiduría y ley eterna, fuente del orden moral en el hombre y en el mundo. La "desobediencia", como dimensión originaria del pecado, significa rechazo de esta fuente por la pretensión del hombre de llegar a ser fuente autónoma y exclusiva en decidir sobre el bien y el mal. El Espíritu que "sondea las profundidades de Dios" y que, a la vez, es para el hombre la luz de la conciencia y la fuente del orden moral, conoce en toda su plenitud esta dimensión del pecado, que se inserta en el misterio del principio humano. Y no cesa de "convencer de ello al mundo" en relación con la cruz de Cristo en el Gólgota.

37. Según el testimonio del principio, Dios en la creación se ha revelado a sí mismo como omnipotencia que es amor. Al mismo tiempo ha revelado al hombre que, como "imagen y semejanza" de su creador, es llamado a participar de la verdad y del amor. Esta participación significa una vida en unión con Dios, que es la "vida eterna" (138). Pero el hombre, bajo la influencia del "padre de la mentira", se ha separado de esta participación. ¿En qué medida? Ciertamente no en la medida del pecado de un espíritu puro, en la medida del pecado de Satanás. El espíritu humano es incapaz de alcanzar tal medida (139). En la misma descripción del Génesis es fácil señalar la diferencia de grado existente entre "el soplo del mal" del que es pecador (o sea permanece en el pecado) desde el principio (140) y que ya "está juzgado" (141) y el mal de la desobediencia del hombre.

Esta desobediencia, sin embargo, significa también dar la espalda a Dios y, en cierto modo, el cerrarse de la libertad humana ante Él. Significa también una determinada apertura de esta libertad —del conocimiento y de la voluntad humana— hacia el que es el "padre de la mentira". Este acto de elección responsable no es sólo una "desobediencia", sino que lleva consigo también una cierta adhesión al motivo contenido en la primera instigación al pecado y renovada constantemente a lo largo de la historia del hombre en la tierra: "es que Dios sabe muy bien que el día en que comiereis de él, se os abrirán los ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal".

137) Gén 3, 5.

138) Cf. Gén 3, 22 sobre el "árbol de la vida"; cf. también Jn 3, 36; 4, 14; 5, 24; 6, 40; 47; 10, 28; 12, 50; 14, 6; Act 13, 48; Rom 6, 23; Gál 6, 8; 1 Tim 1, 16; Tit 1, 2; 3, 7; 1 Pe 3, 22; 1 Jn 1, 2; 2, 25; 5, 11; 13; Ap 2, 7.

139) Cf. Sto. Tomás de Aquino, *Summa Theol.*, Ia. IIae, q. 80, a. 4 ad 3.

140) 1 Jn 3, 8.

141) Jn 16, 11.

Aquí nos encontramos en el centro mismo de lo que se podría llamar el "anti-Verbo", es decir la "anti-verdad". En efecto, es falseada la verdad del hombre: quién es el hombre y cuáles son los límites insuperables de su ser y de su libertad. Esta "anti-verdad" es posible, porque al mismo tiempo es falseada completamente la verdad sobre quién es Dios. Dios Creador es puesto en estado de sospecha, más aún, incluso en estado de acusación ante la conciencia de la creatura. Por vez primera en la historia del hombre aparece el perverso "genio de la sospecha". Este trata de "falsear" el Bien mismo, el Bien absoluto, que en la obra de la creación se ha manifestado precisamente como el bien que da de modo inefable: como *bonum diffusivum sui*, como amor creador. ¿Quién puede plenamente "convencer en lo referente al pecado", es decir, de esta motivación de la desobediencia originaria del hombre, sino Aquel que sólo Él es el don y la fuente de toda dádiva, sino el Espíritu que, "sondea las profundidades de Dios" y es amor del Padre y del Hijo?

38. Pues, a pesar de todo el testimonio de la creación y de la economía salvífica inherente a ella, el espíritu de las tinieblas (142) es capaz de mostrar a Dios como enemigo de la propia creatura y, ante todo, como enemigo del hombre, como fuente de peligro y de amenaza para el hombre. De esta manera Satanás injerta en el ánimo del hombre el germen de la oposición a aquel que "desde el principio" debe ser considerado como enemigo del hombre y no como Padre. El hombre es retado a convertirse en el adversario de Dios.

El análisis del pecado en su dimensión originaria indica que, por parte del "padre de la mentira", se dará a lo largo de la historia de la humanidad una constante presión al rechazo de Dios por parte del hombre, hasta llegar al odio: "Amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios", como se expresa San Agustín (143). El hombre será propenso a ver en Dios ante todo una propia limitación y no la fuente de su liberación y la plenitud del bien. Esto lo vemos confirmado en nuestros días, en los que las ideologías ateas intentan desarraigar la religión en base al presupuesto de que determina la radical "alienación" del hombre, como si el hombre fuera expropiado de su humanidad cuando, al aceptar la idea de Dios, le atribuye lo que pertenece al hombre y exclusivamente al hombre. Surge de aquí una forma de pensamiento y de praxis histórico-sociológica donde el rechazo de Dios ha llegado hasta la declaración de su "muerte". Esto es un absurdo conceptual y verbal. Pero la ideología de la "muerte de Dios" amenaza más bien al hombre, como indica el Vaticano II, cuando sometiendo a análisis la cuestión de la "autonomía de la realidad terrena", afirma: "La creatura sin el Creador se esfuma... Más aún, por el olvido de Dios la propia creatura queda oscurecida" (144). La ideología de la "muerte de Dios" en sus efectos demuestra fácilmente que es, a nivel teórico y práctico, la ideología de la "muerte del hombre".

4. El Espíritu que transforma el sufrimiento en amor salvífico

39. El Espíritu, que sondea las profundidades de Dios, ha sido llamado por Jesús en el discurso del Cenáculo el Paráclito. En efecto, desde el comienzo "es invocado" (145) para "convencer al mundo en lo referente al pecado". Es invocado de modo definitivo a través de la cruz de Cristo. Convencer en lo referente al pecado quiere

142) Cf. Ef 6, 12; Lc 22, 53.

143) Cf. *De Civitate Dei* XIV, 28; CCL 48, pág. 451.

144) Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 36.

145) En griego el verbo $\pi\alpha\rho\epsilon\chi\alpha\lambda\epsilon\iota\upsilon$ = invocar, llamar hacia sí.

decir demostrar el mal contenido en él. Lo que equivale a revelar el misterio de la impiedad. No es posible comprender el mal del pecado en toda su realidad dolorosa sin sondear las profundidades de Dios. Desde el principio el misterio oscuro del pecado se ha manifestado en el mundo con una clara referencia al Creador de la libertad humana. Ha aparecido como un acto voluntario de la criatura-hombre contrario a la voluntad de Dios: la voluntad salvífica de Dios; es más, ha aparecido como oposición a la verdad, sobre la base de la mentira ya definitivamente "juzgada": mentira que ha puesto en estado de acusación, en estado de sospecha permanente, al mismo amor creador y salvífico. El hombre ha seguido al "padre de la mentira", poniéndose contra el Padre de la vida y el Espíritu de la verdad.

El "convencer en lo referente al pecado" ¿no deberá, por tanto, significar también el revelar el sufrimiento? ¿No deberá revelar el dolor, inconcebible e indecible, que, como consecuencia del pecado, el Libro Sagrado parece entrever en su visión antropomórfica en las profundidades de Dios y, en cierto modo, en el corazón mismo de la inefable Trinidad? La Iglesia, inspirándose en la revelación, cree y profesa que el pecado es una ofensa a Dios. ¿Qué corresponde a esta "ofensa", a este rechazo del Espíritu que es amor y don en la intimidad inescrutable del Padre, del Verbo y del Espíritu Santo? La concepción de Dios, como ser necesariamente perfectísimo, excluye ciertamente de Dios todo dolor derivado de limitaciones o heridas; pero, en las profundidades de Dios, se da un amor de Padre que, ante el pecado del hombre, según el lenguaje bíblico, reacciona hasta el punto de exclamar: "Estoy arrepentido de haber hecho al hombre" (146). "Viendo el Señor que la maldad del hombre cundía en la tierra... le pesó de haber hecho al hombre en la tierra... y dijo el Señor: "me pesa de haberlos hecho" (147). Pero a menudo el Libro Sagrado nos habla de un Padre que siente compasión por el hombre, como compartiendo su dolor. En definitiva, este inescrutable e indecible "dolor" de padre engendrará sobre todo la admirable economía del amor redentor en Jesucristo, para que, por medio del misterio de la piedad, en la historia del hombre el amor pueda revelarse más fuerte que el pecado. Para que prevalezca el "don".

El Espíritu Santo, que según las palabras de Jesús "convence en lo referente al pecado", es el amor del Padre y del Hijo y, como tal, es el don trinitario y, a la vez, la fuente eterna de toda dádiva divina a lo creado. Precisamente en El podemos concebir como personificada y realizada de modo trascendente la misericordia, que la tradición patristica y teológica, de acuerdo con el Antiguo y el Nuevo Testamento, atribuye a Dios. En el hombre la misericordia implica dolor y compasión por las miserias del prójimo. En Dios, el Espíritu-amor cambia la dimensión del pecado humano en una nueva dádiva de amor salvífico. De El, en unidad con el Padre y el Hijo, nace la economía de la salvación, que llena la historia del hombre con los dones de la Redención. Si el pecado, al rechazar el amor, ha engendrado el "sufrimiento" del hombre que en cierta manera se ha volcado sobre toda la creación (148), el Espíritu Santo entrará en el sufrimiento humano y cósmico con una nueva dádiva de amor, que redimirá al mundo. En boca de Jesús Redentor, en cuya humanidad se verifica el "sufrimiento" de Dios, resonará una palabra en la que se manifiesta el amor eterno, lleno de misericordia: "Siento compasión" (149). Así pues, por parte del Espíritu Santo, el "convencer en lo referente al pecado" se convierte en una manifesta-

ción ante la creación "sometida a la vanidad" y, sobre todo, en lo íntimo de las conciencias humanas, de cómo el pecado es vencido por el sacrificio del Cordero de Dios que se ha hecho hasta la muerte "el siervo obediente" que, reparando la desobediencia del hombre, realiza la redención del mundo. De esta manera, el Espíritu de la verdad, el Paráclito, "convence en lo referente al pecado".

40. El valor redentor del sacrificio de Cristo ha sido expresado con palabras muy significativas por parte del autor de la Carta a los Hebreos, que, después de haber recordado los sacrificios de la Antigua Alianza, en que "si la sangre de machos cabríos y de toros... santifica en orden a la purificación", añade: "cuánto más la sangre de Cristo, que por el Espíritu Eterno se ofreció a sí mismo sin tacha a Dios, purificará de las obras muertas nuestra conciencia para rendir culto a Dios vivo" (150). Aun conscientes de otras interpretaciones posibles, nuestra consideración sobre la presencia del Espíritu Santo a lo largo de toda la vida de Cristo nos lleva a reconocer en este texto como una invitación a reflexionar también sobre la presencia del mismo Espíritu en el sacrificio redentor del Verbo Encarnado.

Reflexionemos primero sobre el contenido de las palabras iniciales de este sacrificio y, a continuación, separadamente, sobre la "purificación de la conciencia" llevada a cabo por él. En efecto, es un sacrificio ofrecido [— por obra de —] un Espíritu Eterno, que "saca" de él la fuerza de "convencer en lo referente al pecado" en orden a la salvación. Es el mismo Espíritu Santo que según la promesa del Cenáculo, Jesucristo "traerá" a los Apóstoles el día de su resurrección, presentándose a ellos con las heridas de la crucifixión, y que les "dará" para la remisión de los pecados: "Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados" (151).

Sabemos que Dios "a Jesús de Nazaret le ungió con el Espíritu Santo y con poder", como afirmaba Simón Pedro en la casa del centurión Cornelio (152). Conocemos el misterio paschal de su "partida" según el Evangelio de Juan. Las palabras de la Carta a los Hebreos nos explican ahora de qué modo Cristo "se ofreció sin mancha a Dios" y cómo hizo esto "con un Espíritu Eterno". En el sacrificio del Hijo del hombre el Espíritu Santo está presente y actúa del mismo modo con que actuaba en su concepción, en su entrada al mundo, en su vida oculta y en su ministerio público. Según la Carta a los Hebreos, en el camino de su "partida" a través de Getsemaní y del Gólgota, el mismo Jesucristo en su humanidad se ha abierto totalmente a esta acción del Espíritu Paráclito, que del sufrimiento hace brotar el eterno amor salvífico. Ha sido, por lo tanto, "escuchado por su actitud reverente y aun siendo Hijo, con lo que padeció experimentó la obediencia" (153). De esta manera dicha Carta demuestra cómo la humanidad, sometida al pecado en los descendientes del primer Adán, en Jesucristo ha sido sometida perfectamente a Dios y unida a él y, al mismo tiempo, está llena de misericordia hacia los hombres. Se tiene así una nueva humanidad, que en Jesucristo por medio del sufrimiento de la cruz ha vuelto al amor, traicionado por Adán con su pecado. Se ha encontrado en la misma fuente de la dádiva originaria: en el Espíritu que "sondea las profundidades de Dios" y es amor y don.

El Hijo de Dios, Jesucristo, como hombre, en la ferviente oración de su pasión, permitió al Espíritu Santo, que ya había impregnado íntimamente su humanidad, transformarla en sacrificio perfecto mediante el acto de su muerte, como víctima de

146) Cf. Gén 6, 7.

147) Gén 6, 5-7.

148) Cf. Rom 8, 20-22.

149) Cf. Mt 15, 32; Mc 8, 2.

150) Heb 9, 13 s.

151) Jn 20, 22 s.

152) Act 10, 38.

153) Heb 5, 7 s.

amor en la cruz. El solo ofreció este sacrificio. Como único sacerdote "se ofreció a sí mismo sin tacha a Dios" (154). En su humanidad era digno de convertirse en este sacrificio, ya que él solo era "sin tacha". Pero lo ofreció "por el Espíritu Eterno": lo que quiere decir que el Espíritu Santo actuó de manera especial en esta autodenunciación absoluta del Hijo del hombre para transformar el sufrimiento en amor redentor.

41. En el Antiguo Testamento se habla varias veces del "fuego del cielo", que quemaba los sacrificios presentados por los hombres (155). Por analogía se puede decir que el Espíritu Santo es el "fuego del cielo" que actúa en lo más profundo del misterio de la cruz. Proveniendo del Padre, ofrece al Padre el sacrificio del Hijo, introduciéndolo en la divina realidad de la comunión trinitaria. Si el pecado ha engendrado el sufrimiento, ahora el dolor de Dios en Cristo crucificado recibe su plena expresión humana por medio del Espíritu Santo. Se da así un paradójico misterio de amor: en Cristo sufre Dios rechazado por la propia creatura: "No creen en mí", pero, a la vez, desde lo más hondo de este sufrimiento —e indirectamente desde lo hondo del mismo pecado "de no haber creído"— el Espíritu saca una nueva dimensión del don hecho al hombre y a la creación desde el principio. En lo más hondo del misterio de la cruz actúa el amor, que lleva de nuevo al hombre a participar de la vida, que está en Dios mismo.

El Espíritu Santo, como amor y don, *desciende, en cierto modo, al centro mismo del sacrificio* que se ofrece en la cruz. Refiriéndonos a la tradición bíblica podemos decir: *El consume este sacrificio con el fuego del amor*, que une al Hijo con el Padre en la comunión trinitaria. Y dado que el sacrificio de la cruz es un acto propio de Cristo, también en este sacrificio El "recibe" el Espíritu Santo. Lo recibe de tal manera que después —El solo con Dios Padre— puede "darlo" a los Apóstoles, a la Iglesia y a la humanidad. El solo lo "envía" desde el Padre (156). El solo se presenta ante los Apóstoles reunidos en el Cenáculo, "sopló sobre ellos" y les dijo: "Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados" (157), como había anunciado antes Juan Bautista: "El os bautizará en Espíritu Santo y fuego" (158). Con aquellas palabras de Jesús el Espíritu Santo es revelado y a la vez es presentado como amor que actúa en lo profundo del misterio pascual, como fuente del poder salvífico de la cruz de Cristo, como don de la vida nueva y eterna.

Esta verdad sobre el Espíritu Santo encuentra cada día su expresión en la liturgia romana, cuando el sacerdote, antes de la comunión, pronuncia aquellas significativas palabras: "Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que por voluntad del Padre y Cooperación del Espíritu Santo, diste con tu muerte vida al mundo". Y en la III Plegaria Eucarística, refiriéndose a la misma economía salvífica, el sacerdote ruega a Dios que el Espíritu Santo "nos transforme en ofrenda permanente".

5. "La sangre que purifica la conciencia"

42. Hemos dicho que, en el culmen del misterio pascual, el Espíritu Santo es revelado definitivamente y hecho presente de un modo nuevo. Cristo resucitado dice a los Apóstoles: "Recibid el Espíritu Santo". De esta manera es revelado el Espíritu

154) Heb 9, 14.

155) Cf. Lev 9, 24; 1 Re 18, 38; 2 Cro 7, 1.

156) Cf. Jn 15, 26.

157) Jn 20, 22 s.

158) Mt 3, 11.

Santo, pues las palabras de Cristo constituyen la confirmación de las promesas y de los anuncios del discurso en el Cenáculo. Y con esto el Paráclito es *hecho presente* también de un modo nuevo. En realidad ya actuaba desde el principio en el misterio de la creación y a lo largo de toda la historia de la antigua Alianza de Dios con el hombre. Su acción ha sido confirmada plenamente por la misión del Hijo del hombre como Mesías, que ha venido con el poder del Espíritu Santo. En el momento culminante de la misión mesiánica de Jesús, el Espíritu Santo se hace presente en el misterio pascual con toda su subjetividad divina; como el que debe continuar la obra salvífica, basada en el sacrificio de la cruz. Sin duda esta obra es encomendada por Jesús a los hombres: a los Apóstoles y a la Iglesia. Sin embargo, en estos hombres y por medio de ellos, el Espíritu Santo sigue siendo el protagonista trascendente de la realización de esta obra en el espíritu del hombre y en la historia del mundo: el invisible y, a la vez, omnipresente Paráclito. El Espíritu que "sopla donde quiere" (159).

Las palabras pronunciadas por Cristo resucitado "el primer día de la semana", *ponen especialmente de relieve la presencia del Paráclito consolador*, como el que "convence al mundo en lo referente al pecado, en lo referente a la justicia y en lo referente al juicio". En efecto, sólo tomadas así se explican las palabras que Jesús pone en relación directa con el "don" del Espíritu Santo a los Apóstoles. Jesús dice: "Recibid el Espíritu Santo: A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos" (160). Jesús confiere a los Apóstoles el poder de perdonar los pecados para que lo transmitan a sus sucesores en la Iglesia. Sin embargo, este poder concedido a los hombres presupone e implica la acción salvífica del Espíritu Santo. Convirtiéndose en "luz de los corazones" (161), es decir, de las conciencias, el Espíritu Santo "convence en lo referente al pecado", o sea *hace conocer al hombre su mal y, al mismo tiempo, lo orienta hacia el bien*. Merced a la multiplicidad de sus dones, por lo que es invocado como el portador "de los siete dones", todo tipo de pecado del hombre puede ser vencido por el poder salvífico de Dios. En realidad —como dice San Buenaventura— "en virtud de los siete dones del Espíritu Santo todos los males han sido destruidos y todos los bienes han sido producidos" (162).

Bajo el influjo del Paráclito se realiza, por lo tanto, la *conversión del corazón humano*, que es condición indispensable para el perdón de los pecados. Sin una verdadera conversión, que implica una contrición interior y sin un propósito sincero y firme de enmienda, los pecados quedan "retenidos", como afirma Jesús, y con El toda la Tradición del Antiguo y del Nuevo Testamento. En efecto, las primeras palabras pronunciadas por Jesús al comienzo de su ministerio, según el Evangelio de Marcos, son éstas: "Convertíos y creed en la Buena Nueva" (163). La confirmación de esta exhortación es el "convencer en lo referente al pecado" que el Espíritu Santo emprende de una manera nueva en virtud de la Redención, realizada por la Sangre del Hijo del hombre. Por esto, la Carta a los Hebreos dice que esta "sangre purifica nuestra conciencia" (164). Esta sangre, pues, abre al Espíritu Santo, por decirlo de algún modo, el camino hacia la intimidad del hombre, es decir, hacia el santuario de las conciencias humanas.

159) Cf. Jn 3, 8.

160) Jn 20, 22 s.

161) Cf. Secuencia Veni, Sancte Spiritus.

162) S. Buenaventura, *De septem donis Spiritus Sancti*, Collatio II, 3: Ad Claras Aquas, V, 463.

163) Mc 1, 15.

164) Cf. Heb 9, 14.

43. El Concilio Vaticano II ha recordado la enseñanza católica sobre la conciencia, al hablar de la vocación del hombre y, en particular, de la dignidad de la persona humana. Precisamente la conciencia decide de manera específica sobre esta dignidad. En efecto, la conciencia es "el núcleo más secreto y el sagrario del hombre, en el que ésta se siente a solas con Dios, cuya voz resuena en el recinto más íntimo". Esta voz dice claramente a "los oídos de su corazón advirtiéndole... haz esto, evita aquello". Tal capacidad de mandar el bien y prohibir el mal, puesta por el Creador en el corazón del hombre, es la propiedad clave del sujeto personal. Pero, al mismo tiempo, "en lo más profundo de su conciencia descubre el hombre la existencia de una ley que él no se dicta a sí mismo, pero a la cual debe obedecer" (165). La conciencia por tanto, no es una fuente autónoma y exclusiva para decidir lo que es bueno o malo: al contrario, en ella está grabado profundamente un principio de obediencia a la norma objetiva, que fundamenta y condiciona la congruencia de sus decisiones con los preceptos y prohibiciones en los que se basa el comportamiento humano, como se entrevé ya en la citada página del libro del Génesis (166). Precisamente, en este sentido, la conciencia es el "sagrario íntimo" donde "resuena la voz de Dios". Es la "voz de Dios" aun cuando el hombre reconoce exclusivamente en ella el principio del orden moral del que humanamente no se puede dudar, incluso sin una referencia directa al Creador: precisamente la conciencia encuentra siempre en esta referencia su fundamento y su justificación.

El evangélico "convencer en lo referente al pecado" bajo el influjo del Espíritu de la verdad no puede verificarse en el hombre más que por el camino de la conciencia. Si la conciencia es recta, ayuda entonces a "resolver con acierto los numerosos problemas morales que se presentan al individuo y a la sociedad". Entonces "mayor seguridad tienen las personas y las sociedades para apartarse del ciego capricho y para someterse a las normas objetivas de la moralidad" (167).

Fruto de la recta conciencia es, ante todo, el llamar por su nombre al bien y al mal, como hace por ejemplo la misma Constitución pastoral: "Cuanto atenta contra la vida —homicidios de cualquier clase, genocidios, aborto, eutanasia y el mismo suicidio deliberado—; cuanto viola la integridad de la persona, como, por ejemplo, las mutilaciones, las torturas morales o físicas, los conatos sistemáticos para dominar la mente ajena; cuanto ofende a la dignidad humana, como son las condiciones inhumanas de vida, las detenciones arbitrarias, las deportaciones, la esclavitud, la prostitución, la trata de blancas y de jóvenes; o las condiciones laborales degradantes, que reducen al operario al rango de mero instrumento de lucro, sin respeto a la libertad y a la responsabilidad de la persona humana"; y después de haber llamado por su nombre a los numerosos pecados, tan frecuentes y difundidos en nuestros días, la misma Constitución añade: "Todas estas prácticas y otras parecidas son en sí mismas infamantes, que degradan la civilización humana, deshonran más a sus autores que a sus víctimas y son totalmente contrarias al honor debido al Creador" (168).

Al llamar por su nombre a los pecados que más deshonran al hombre, y demostrar que esos son un mal moral que pesa negativamente en cualquier balance sobre el progreso de la humanidad, el Concilio describe a la vez todo esto como

165) Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 16.

166) Cf. *Gén* 2, 9, 17.

167) Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 16.

168) *Ib.*, 27.

etapa "de una lucha, y por cierto dramática, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas" (169). La Asamblea del Sínodo de los Obispos de 1983 sobre la reconciliación y la penitencia ha precisado todavía mejor el significado personal y social del pecado del hombre (170).

44. Pues bien, en el Cenáculo la víspera de su pasión, y después, la tarde del día de Pascua, Jesucristo se refirió al Espíritu Santo como el que atestigua que en la historia de la humanidad perdura el pecado. Sin embargo, el pecado está sometido al poder salvífico de la Redención. El "convencer al mundo en lo referente al pecado" no se acaba en el hecho de que se le llame por su nombre y se le identifique por lo que es en toda su dimensión característica. En el convencer al mundo en lo referente al pecado, el Espíritu de la verdad se encuentra con la voz de las conciencias humanas.

De este modo se llega a la demostración de las raíces del pecado que están en el interior del hombre, como pone de relieve la misma Constitución pastoral: "En realidad de verdad, los desequilibrios que fatigan al mundo moderno están conectados con ese otro desequilibrio fundamental que hunde sus raíces en el corazón humano. Son muchos los elementos que se combaten en el propio interior del hombre. A fuer de creatura, el hombre experimenta múltiples limitaciones; se siente, sin embargo, ilimitado en sus deseos y llamado a una vida superior. Atraído por muchas solitaciones, tiene que elegir y que renunciar. Más aún, como enfermo y pecador, no raramente hace lo que no quiere y deja de hacer lo que querría llevar a cabo" (171). El texto conciliar se refiere aquí a las conocidas palabras de San Pablo (172).

El "convencer en lo referente al pecado" que acompaña a la conciencia humana en toda reflexión profunda sobre sí misma, lleva por tanto al descubrimiento de sus raíces en el hombre, así como de sus influencias en la misma conciencia en el transcurso de la historia. Encontramos de este modo aquella realidad originaria del pecado, de la que ya se ha hablado. El Espíritu Santo "conviene en lo referente al pecado" respecto al misterio del principio, indicando el hecho de que el hombre es ser-creado y por consiguiente está en total dependencia ontológica y ética de su Creador y recordando, a la vez, la pecaminosidad hereditaria de la naturaleza humana. Pero el Espíritu Santo Paráclito "conviene en lo referente al pecado" siempre en relación con la cruz de Cristo. Por esto el cristianismo rechaza toda "fatalidad" del pecado. "Una dura batalla contra el poder de las tinieblas, que, iniciada en los orígenes del mundo, durará, como dice el Señor, hasta el final" —enseña el Concilio— (173). "Pero el Señor vino en persona para liberar y vigorizar al hombre" (174). El hombre, pues, lejos de dejarse "enredar" en su condición de pecado, apoyándose en la voz de la propia conciencia, "ha de luchar continuamente para acatar el bien, y sólo a costa de grandes esfuerzos, con la ayuda de la gracia de Dios, es capaz de establecer la unidad en sí mismo" (175). El Concilio ve justamente el pecado como factor de la ruptura que pesa tanto sobre la vida personal como sobre la vida social del hombre; pero, al mismo tiempo, recuerda incansa-

169) *Ib.*, 13.

170) Cf. Juan Pablo II, Exhort. Apost. postsinodal *Reconciliatio et poenitentia* (2 de diciembre de 1984), 16: AAS 77, 1985, págs. 213-217.

171) Const. past. *Gaudium et spes*, 10.

172) Cf. *Rom* 7, 14-15, 19.

173) Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 37.

174) *Ib.*, 13.

175) *Ib.*, 37.

blemente la posibilidad de la victoria.

45. El Espíritu de la verdad, que "convence al mundo en lo referente al pecado", se encuentra con aquella fatiga de la conciencia humana, de la que los textos conciliares hablan de manera tan sugestiva. Esta *fatiga de la conciencia* determina también los caminos de las conversiones humanas: el dar la espalda al pecado para reconstruir la verdad y el amor en el corazón mismo del hombre. Se sabe que reconstruir el mal en uno mismo a menudo cuesta mucho. Se sabe que la conciencia no sólo manda o prohíbe, sino que juzga a la luz de las órdenes y de las prohibiciones interiores. Es también *fuerza de remordimiento*: el hombre sufre interiormente por el mal cometido. ¿No es este sufrimiento como un eco lejano de aquel "arrepentimiento por haber creado al hombre", que con un lenguaje antropomórfico el Libro Sagrado atribuye a Dios; de aquella "reprobación" que, inscribiéndose en el "corazón" de la Trinidad, en virtud del amor eterno se realiza en el dolor de la cruz y en la obediencia de Cristo hasta la muerte? Cuando el Espíritu de la verdad permite a la conciencia humana la *participación en aquel dolor*, entonces el sufrimiento de la conciencia es particularmente profundo y también salvífico. Pues, por medio de un acto de contrición perfecta, se realiza la auténtica conversión del corazón: es la "metanoia" evangélica.

La fatiga del corazón humano y la fatiga de la conciencia, donde se realiza esta "metanoia" o conversión, es el reflejo de aquel proceso mediante el cual la *reprobación se transforma en amor salvífico*, que sabe sufrir. El dispensador oculto de esa fuerza salvadora es el Espíritu Santo, que es llamado por la Iglesia "luz de las conciencias", el cual penetra y llena "lo más íntimo de los corazones" humanos (176). Mediante esta conversión en el Espíritu Santo, *el hombre se abre al perdón y a la remisión de los pecados*. Y en todo este admirable dinamismo de la conversión-remisión se confirma la verdad de lo escrito por San Agustín sobre el misterio del hombre, al comentar las palabras del Salmo: "Abismo que llama el abismo" (177). Precisamente en esta "abismal profundidad" del hombre y de la conciencia humana se realiza la misión del Hijo y del Espíritu Santo. El *Espíritu Santo* "viene" en cada caso concreto de la conversión-remisión, en virtud del sacrificio de la cruz, pues, por él, "la Sangre de Cristo... purifica nuestra conciencia de las obras muertas para rendir culto a Dios vivo" (178). Se cumplen así las palabras sobre el Espíritu Santo como "otro Paráclito", palabras dirigidas a los Apóstoles en el Cenáculo e indirectamente a todos: "Vosotros le conocéis, porque mora con vosotros" (179).

6. El pecado contra el Espíritu Santo

46. En el marco de lo dicho hasta ahora, resultan más comprensibles otras palabras, impresionantes y desconcertantes, de Jesús. Las podríamos llamar *palabras del "no-perdón"*. Nos las refieren los Sinópticos respecto a un pecado

176) Cf. Secuencia de Pentecostés: *Reple cordis intima*.

177) Cf. S. Agustín, *enarr. in Ps. XLI*, 13: CCL 38, 470: "¿Qué abismo es, pues y a qué abismo llama? Si abismo significa profundidad, ¿pensamos acaso que el corazón del hombre no sea un abismo? ¿Hay algo, pues, más profundo que este abismo? Los hombres pueden hablar, pueden ser vistos a través de las acciones que hacen con sus miembros, pueden ser escuchados en sus conversaciones; pero, ¿de quién se puede penetrar el pensamiento?, ¿de quién se puede leer en su corazón?"

178) Cf. *Heb* 9, 14.

179) *Jn* 14, 17.

particular que es llamado "blasfemia contra el Espíritu Santo". Así han sido referidas en su triple redacción:

Mateo: "Todo pecado y blasfemia se perdonará a los hombres, pero la blasfemia contra el Espíritu no será perdonada. Y al que diga una palabra contra el Hijo del hombre, se le perdonará; pero al que la diga contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni en este mundo ni en el otro" (180).

Marcos: "Se perdonará todo a los hijos de los hombres, los pecados y las blasfemias, por muchas que éstas sean. Pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo, no tendrá perdón nunca, antes bien, será reo de pecado eterno" (181).

Lucas: "A todo el que diga una palabra contra el Hijo del hombre, se le perdonará; pero al que blasfeme contra el Espíritu Santo, no se le perdonará" (182).

¿Por qué la blasfemia contra el Espíritu Santo es imperdonable? ¿Cómo se entiende esta blasfemia? Responde Santo Tomás de Aquino que se trata de un pecado "irremisible según su naturaleza, en cuanto excluye aquellos elementos, gracias a los cuales se da la remisión de los pecados" (183).

Según esta exégesis la "blasfemia" no consiste en el hecho de ofender con palabras al Espíritu Santo; consiste, por el contrario, en el rechazo de aceptar la salvación que Dios ofrece al hombre por medio del Espíritu Santo, que actúa en virtud del sacrificio de la cruz. Si el hombre rechaza aquel "convencer sobre el pecado", que proviene del Espíritu Santo y tiene un carácter salvífico, rechaza a la vez la "venida" del Paráclito: aquella "venida" que se ha realizado en el misterio pasional, en la unidad mediante la fuerza redentora de la Sangre de Cristo. La Sangre que "purifica de las obras muertas nuestra conciencia".

Sabemos que un fruto de esta purificación es la remisión de los pecados. Por tanto, el que rechaza el Espíritu y la Sangre permanece en las "obras muertas", o sea en el pecado. Y la blasfemia contra el Espíritu Santo consiste precisamente en el rechazo radical de aceptar esta remisión de la que el mismo Espíritu es el íntimo dispensador y que presupone la verdadera conversión obrada por Él en la conciencia. Si Jesús afirma que la blasfemia contra el Espíritu Santo no puede ser perdonada ni en esta vida ni en la futura, es porque esta "no remisión" está unida, como causa suya, a la "no-penitencia", es decir al rechazo radical del convertirse. Lo que significa el rechazo de acudir a las fuentes de la Redención, las cuales sin embargo quedan "siempre" abiertas en la economía de la salvación, en la que se realiza la misión del Espíritu Santo. El Paráclito tiene el poder infinito de sacar de estas fuentes: "recibirá de lo mío", dijo Jesús. De este modo el Espíritu completa en las almas la obra de la Redención realizada por Cristo, distribuyendo sus frutos. Ahora bien la blasfemia contra el Espíritu Santo es el pecado cometido por el hombre, que reivindica un pretendido "derecho de perseverar en el mal"—en cualquier pecado— y rechaza así la Redención. El hombre permanece encerrado en el pecado, haciendo imposible por su parte la conversión y, por consiguiente, también la remisión de sus pecados, que considera no esencial o sin importancia para su vida. Esta es una condición de ruina espiritual, dado que la blasfemia contra el Espíritu Santo no permite al hombre salir de su autoprisión y abrirse a las fuentes divinas de la purificación de las conciencias y remisión de los pecados.

180) *Mt* 12, 31 s.

181) *Mc* 3, 28 s.

182) *Lc* 12, 10.

183) Sto. Tomás de Aquino, *Summa Theol.* IIa-IIae, q. 14, a. 3; cf. S. Agustín, *Epist.* 185, 11, 48-49; *PL* 33, 814 s.; S. Buenaventura, *Comment. in Evang. S. Lucæ* cap. XIV, 15-16; Ad Claras Aquas, VII, págs. 314 s.

la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer... para que recibiéramos la filiación" (196). Y esta encarnación del Hijo-Verbo tuvo lugar "por obra del Espíritu Santo".

Los dos evangelistas, a quienes debemos la narración del nacimiento y de la infancia de Jesús de Nazaret, se pronuncian del mismo modo sobre esta cuestión. Según Lucas, en la anunciación del nacimiento de Jesús, María pregunta: "¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?" y recibe esta respuesta: "El Espíritu Santo vendrá sobre tí, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios" (197).

Mateo narra directamente: "El nacimiento de Jesucristo fue de esta manera: Su madre, María, estaba desposada con José y, antes de empezar a estar juntos ellos, se encontró encinta por obra del Espíritu Santo" (198). José, turbado por esta situación, recibe en sueños la siguiente explicación: "No temas tomar contigo a María tu esposa, porque lo concebido a ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz a un hijo a quien pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados" (199).

Por esto, la Iglesia desde el principio profesa el misterio de la Encarnación, misterio-clave de la fe, refiriéndose al Espíritu Santo. Dice el Símbolo Apostólico: "que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo; nació de Santa María Virgen". Y no se diferencia del Símbolo nicenoconstantinopolitano cuando afirma: "Y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María la Virgen, y se hizo hombre".

"Por obra del Espíritu Santo" se hizo hombre Aquél que la Iglesia, con sus palabras del mismo Símbolo, confiesa que es el Hijo consubstancial al Padre: "Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado". Se hizo hombre "encarnándose en el seno de la Virgen María". Eso es lo que se realizó "al llegar la plenitud de los tiempos".

50. El gran Jubileo, que concluirá el segundo milenio al que la Iglesia ya se prepara, tiene directamente una dimensión cristológica; en efecto, se trata de celebrar el nacimiento de Jesucristo. Al mismo tiempo, tiene una dimensión pneumatológica, ya que el misterio de la Encarnación se realizó "por obra del Espíritu Santo". Lo "realizó aquel Espíritu que —consubstancial al Padre y al Hijo— es, en el misterio absoluto de Dios uno y trino, la Persona-amor, el don increado, fuente eterna de toda dádiva que proviene de Dios en el orden de la creación, el principio directo y, en cierto modo, el sujeto de la autocomunicación de Dios en el orden de la gracia. El misterio de la Encarnación de Dios constituye el culmen de esta dádiva y de esta autocomunicación divina.

En efecto, la concepción y el nacimiento de Jesucristo son la obra más grande realizada por el Espíritu Santo en la historia de la creación y de la salvación: la suprema gracia —"la gracia de la unión"— fuente de todas las demás gracias, como explica Santo Tomás (200). A esta obra se refiere el gran Jubileo y se refiere también —si penetramos en su profundidad— el artífice de esta obra: la Persona del Espíritu Santo.

A "la plenitud de los tiempos" corresponde, en efecto, una especial plenitud de la comunicación de Dios uno y trino en el Espíritu Santo. "Por obra del Espíritu

196) Gál 4, 4 s.

197) Lc 1, 34 s.

198) Mt 1, 18.

199) Mt 1, 20 s.

200) S. Tomás de Aquino, *Summa Theol.* IIIa, q. 2, aa. 10-12; q. 6, a. 6; q. 7, a. 13.

Santo" se realiza el misterio de la "unión hipostática", esto es, la unión de la naturaleza divina con la naturaleza humana, de la divinidad con la humanidad en la única Persona del Verbo-Hijo. Cuando María en el momento de la anunciación pronuncia su "fiat": "Hágase en mí según tu palabra" (201), concibe de modo virginal un hombre, el Hijo del hombre, que es el Hijo de Dios. Mediante este "humanarse" del Verbo-Hijo, la autocomunicación de Dios alcanza su plenitud definitiva en la historia de la creación y de la salvación. Esta plenitud adquiere una especial densidad y elocuencia expresiva en el texto del Evangelio de San Juan. "La Palabra se hizo carne" (202). La Encarnación de Dios-Hijo significa asumir la unidad con Dios no sólo de la naturaleza humana sino asumir también en ella, en cierto modo, todo lo que es "carne": toda la humanidad, todo el mundo visible y material. La Encarnación, por tanto, tiene también su significado cósmico y su dimensión cósmica. El "Primogénito de toda la creación" (203), al encarnarse en la humanidad individual de Cristo, se une en cierto modo a toda la realidad del hombre, el cual es también "carne" (204), y en ella a toda "carne" y a toda la creación.

51. Todo esto se realiza por obra del Espíritu Santo y, por consiguiente, pertenece al contenido del gran Jubileo futuro. La Iglesia no puede prepararse a ello de otro modo, si no es por el Espíritu Santo. Lo que en "la plenitud de los tiempos" se realizó por obra del Espíritu Santo, solamente por obra suya puede ahora surgir de la memoria de la Iglesia. Por obra suya puede hacerse presente en la nueva fase de la historia del hombre sobre la tierra: el año dos mil del nacimiento de Cristo.

El Espíritu Santo, que cubrió con su sombra el cuerpo virginal de María, dando comienzo en ella a la maternidad divina, al mismo tiempo hizo que su corazón fuera perfectamente obediente a aquella autocomunicación de Dios que superaba todo concepto y toda facultad humana. "¡Feliz la que ha creído!" (205); así es saludada María por su parienta Isabel, que también estaba "llena de Espíritu Santo" (206). En las palabras de saludo a la que "ha creído", parece vislumbrarse un lejano (pero en realidad muy cercano) contraste con todos aquellos de los que Cristo dirá que "no creyeron" (207). María entró en la historia de la salvación del mundo mediante la obediencia de la fe. Y la fe, en su esencia más profunda, es la apertura del corazón humano ante el don: ante la autocomunicación de Dios por el Espíritu Santo. Escribe San Pablo: "El Señor es el Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad" (208). Cuando Dios Uno y Trino se abre al hombre por el Espíritu Santo, esta "apertura" suya revela y, a la vez, da a la creatura-hombre la plenitud de la libertad. Esta plenitud, de modo sublime, se ha manifestado precisamente mediante la fe de María, mediante "la obediencia a la fe" (209). Sí, "¡feliz la que ha creído!".

2. Motivo del Jubileo: se ha manifestado la gracia

52. La obra del Espíritu "que da la vida" alcanza su culmen en el misterio de la

201) Lc 1, 38.

202) Jn 1, 14.

203) Col 1, 15.

204) Cf., por ejemplo, Gén 9, 11; Dt 5, 26; Job 34, 15; Is 40, 6; 52, 10; Sal 145/144, 21; Lc 3, 6; 1 Pe 1, 24.

205) Lc 1, 45.

206) Cf. Lc 1, 41.

207) Cf. Jn 16, 9.

208) 2 Cor 3, 17.

209) Cf. Rom 1, 5.

Encarnación. No es posible dar la vida, que está en Dios de modo pleno, si no es haciendo de ella la vida de un *Hombre*, como lo es Cristo en su humanidad personalizada por el Verbo en la unión hipostática. Y, al mismo tiempo, con el misterio de la Encarnación se abre de un modo nuevo la *fuerza de esta vida divina en la historia de la humanidad*: el Espíritu Santo. El Verbo, "Primogénito de toda la creación", se convierte en "el primogénito entre muchos hermanos" (210) y así llega a ser también la cabeza del cuerpo que es la Iglesia, que nacerá en la cruz y se manifestará el día de Pentecostés; y es en la Iglesia la cabeza de la humanidad: de los hombres de toda nación, raza, región y cultura, lengua y continente, que han sido llamados a la salvación. "La Palabra se hizo carne; (aquella Palabra en la que) *estaba la vida*, y la vida era la luz de los hombres. . . A todos los que la recibieron les dio poder de hacerse *hijos de Dios*" (211). Pero todo esto se realizó y sigue realizándose incesantemente "por obra del Espíritu Santo".

"Hijos de Dios" son, en efecto, como enseña el Apóstol, "los que son guiados por el Espíritu de Dios" (212). La filiación de la adopción divina nace en los hombres sobre la base del misterio de la Encarnación, o sea, gracias a Cristo, el eterno Hijo. Pero el nacimiento, o el nacer de nuevo, tiene lugar *cuando Dios Padre "ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo"* (213). Entonces, realmente "recibimos un Espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: '¡Abbá, Padre!'" (214). Por tanto, aquella filiación divina, insertada en el alma humana con la gracia santificante, es obra del Espíritu Santo. "El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos *hijos de Dios*. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios, coherederos de Cristo" (215). La gracia santificante es en el hombre el principio y la fuente de la nueva vida: vida divina y sobrenatural.

El don de esta nueva vida es como una respuesta definitiva de Dios a las palabras del Salmista en las que, en cierto modo, resuena la voz de todas las criaturas: "Envías tu sopro y son creadas, y renuevas la faz de la tierra" (216). Aquél que en el misterio de la creación *da* al hombre y al cosmos *la vida* en sus múltiples formas visibles e invisibles, *la renueva* mediante el misterio de la Encarnación. De esta manera, la creación es completada con la Encarnación e impregnada desde entonces por las fuerzas de la redención que abarcan la humanidad y todo lo creado. Nos lo dice San Pablo, cuya visión cósmico-teológica parece evocar la voz del antiguo Salmo: "la ansiosa espera de la creación desea vivamente la *revelación de los hijos de Dios*" (217), esto es, de aquellos que Dios, habiéndoles "conocido desde siempre", "los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo" (218). Se da así una "adopción sobrenatural" de los hombres, de la que es origen el Espíritu Santo, amor y don. *Como tal es dado a los hombres*. Y en la *sobreabundancia del don increado comienza*, en el corazón de todo hombre, ese particular *don increado* por medio del cual los hombres "se hacen partícipes de la naturaleza divina" (219). Así la vida hu-

210) Rom 8, 29.

211) Cf. Jn 1, 14. 4. 12 s.

212) Cf. Rom 8, 14.

213) Cf. Gál 4, 6; Rom 5, 5; 2 Cor 1, 22.

214) Rom 8, 15.

215) Rom 8, 16 s.

216) Cf. Sal 104/103, 30.

217) Rom 8, 19.

218) Rom 8, 29.

219) Cf. 2 Pe 1, 4.

mana es penetrada por la participación de la vida divina y recibe también una dimensión divina y sobrenatural. Se tiene así la nueva vida en la que, como partícipes del misterio de la Encarnación, "con el Espíritu Santo pueden los hombres llegar hasta el Padre" (220). Hay, por tanto, una íntima dependencia causal *entre el Espíritu* que da la vida, *la gracia santificante* y aquella múltiple *vitalidad sobrenatural* que surge en el hombre: entre el Espíritu increado y el espíritu humano creado.

53. Puede decirse que *todo esto* se enmarca en el ámbito del *gran Jubileo* mencionado antes. En efecto, es necesario ir más allá de la dimensión histórica del hecho, considerado exteriormente. Es necesario insertar, en el mismo contenido cristológico del hecho, la dimensión pneumatológica, abarcando con la mirada de la fe los *dos milenios de la acción del Espíritu de la verdad*, el cual, a través de los siglos, ha recibido del tesoro de la Redención de Cristo, dando a los hombres la nueva vida, realizando en ellos la adopción en el Hijo unigénito, santificándolos, de tal modo que puedan repetir con San Pablo: "hemos recibido el Espíritu que viene de Dios" (221).

Pero siguiendo el tema del Jubileo, no es posible limitarse a los dos mil años transcurridos desde el nacimiento de Cristo. Hay que mirar *atrás*, comprender toda la acción del Espíritu Santo aún antes de Cristo: *desde el principio*, en todo el mundo y, especialmente, en la economía de la Antigua Alianza. En efecto, esta acción en todo lugar y tiempo, más aún, en cada hombre, se ha desarrollado según el plan eterno de salvación, por el cual está íntimamente unida al misterio de la Encarnación y de la Redención, que a su vez ejerció su influjo en los creyentes en Cristo que había de venir. Esto lo atestigua de modo particular la *Carta a los Efesios* (222). Por tanto, la gracia lleva consigo una característica cristológica y a la vez pneumatológica que se verifica sobre todo en quienes explícitamente se adhieren a Cristo: "En él (en Cristo). . . fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la Promesa, que es prenda de nuestra herencia para redención del pueblo de su posesión" (223).

Pero, siempre en la perspectiva del gran Jubileo, debemos mirar más abiertamente y caminar "hacia el mar abierto", conscientes de que "el viento sopla donde quiere", según la imagen empleada por Jesús en el coloquio con Nicodemo (224). El Concilio Vaticano II, centrado sobre todo en el tema de la Iglesia, nos recuerda la acción del Espíritu Santo incluso "*fuera del cuerpo visible de la Iglesia*". Nos habla justamente de "todos los hombres de buena voluntad, en cuyo corazón obra la gracia de modo visible. Cristo murió por todos, y la vocación suprema del hombre en realidad es una sola, es decir, la divina. En consecuencia, debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de sólo Dios conocida, se asocien a este misterio pascual" (225).

54. "Dios es espíritu, y los que adoran deben adorar *en espíritu y verdad*" (226). Estas palabras las pronunció Jesús en otro de sus coloquios: aquél con la Samaritana. El gran Jubileo, que se celebrará al final de este milenio y al comienzo del que viene, ha de constituir una fuerte llamada dirigida a todos los que "adoran a Dios en espíritu y verdad". Ha de ser para todos una ocasión especial para meditar el miste-

220) Cf. Ef 2, 18; Const. dogm. *Dei Verbum*, sobre la divina revelación, 2.

221) Cf. 1 Cor 2, 12.

222) Cf. Ef 1, 3-14.

223) Ef 1, 13 s.

224) Cf. Jn 3, 8.

225) Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 22; cf. Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 16.

226) Jn 4, 24.

